

Arnold Briggs

LOS GORRIONES DEL TAMESIS

Edwin Parks era buen bailarín, y Norah Morley, ignorándolo, porque según la paterna visión que oyó a los cuatro años, su madre se había ido al cielo, llevaba en la sangre el alado espíritu de la danza.

Lo cierto es que cuando Norah Morley intentó tomar lecciones de danza clásica, chocó con la rotunda negativa de Cecil Morley. Y ella, plenamente sumisa a la paterna autoridad, se contentó con seguir un curso de dibujo y pintura en compensación.



Arnold Briggs

Los gorriones del Támesis

Detective - 15

ePub r1.0
LDS 15.12.18

Título original: *The times sparrous*
Arnold Briggs, 1953
Versión Castellana de: Francisco Gómez Llopis
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Los gorriones del Támesis

por ARNOLD BRIGGS



CAPÍTULO PRIMERO

Edwin Parks era buen bailarín, y Norah Morley, ignorándolo, porque según la paterna visión que oyó a los cuatro años, su madre se había ido al cielo, llevaba en la sangre el alado espíritu de la danza.

Lo cierto es que cuando Norah Morley intentó tomar lecciones de danza clásica, chocó con la rotunda negativa de Cecil Morley. Y ella, plenamente sumisa a la paterna autoridad, se contentó con seguir un curso de dibujo y pintura en compensación.

Fué en la Academia, donde conoció a Edwin Parks. Un hombre joven, amable y cariñoso. Muy deseoso de agradar a toda la gente, Edwin Parks era danzarín profesional, tenía los músculos de un felino y la resistencia de un aguilucho.

Demostró su arte, en la conferencia que un pintor dio en la Academia, tomándole como modelo de la gracia varonil. Edwin Parks adoptaba las posturas de «*ballet*» que el pintor encontraba más aptas para ilustrar su conferencia sobre el dinamismo de la inmovilidad, y cuando terminó su actuación, recibió muchas felicitaciones.

Pero sólo demostraba interés por conocer a la muchacha soñadora, que le estuvo admirando con arrobo, mientras evolucionaba.

Le dijeron que se llamaba Norah Morley, y el danzarín pestañeó. Era natural que Norah Morley fuera una mística del baile clásico, puesto que Judith Dorn, fué una maravillosa bailarina, y seguía siendo aún, la encarnación del tormentoso espíritu oculto bajo una apariencia fascinadora.

Edwin Parks sabía también que Cecil Morley, cuando le hablaban de su esposa Judith, replicaba sin dramatismo:

—«Murió para mí y su hija, aunque siga viviendo para desgracia del género humano».

Al día siguiente a su exhibición, Edwin Parks se matriculó en el curso de dibujo de tres a cinco, las dos horas, en que también Norah Morley asistía.

Él tenía veintitrés años, y ella diecisiete. Para Norah Morley al poco tiempo, Edwin Parks era un compendio de cualidades, y no consideró deslealtad, ocultarle a su padre, que amaba al que la aconsejó:

—No digas nada a Cecil Morley de nuestra amistad amorosa. Una rareza de tu padre, que espero sabré vencer, es la de odiar a todo lo que representa Terpsícore.

—Es curioso, porqué mi padre es muy ecuánime, pero he observado que cualquier alusión mía al baile, lo enfurece.

Tampoco creyó fuera nada malo, dejar de asistir a alguna de las clases, y pasar las dos horas en el estudio de Edwin Parks, donde éste tenía una sala de ensayos.

El bailarín, a petición de Norah, revestía el ropaje de algún «*ballet*», y bailaba para ella sola.

Lo que Norah ignoraba era que él, como muchos de los componentes del mundo del «*ballet*» que a la luz de candilejas es todo gracia y delicadeza, era en sus amores, duro y cruel, pasada la primera ilusión.

Esto sí lo sabía Cecil Morley, pero siempre lo calló, hasta el punto de nunca haber revelado a su hija la fanática fidelidad que Judith Dorn dedicaba al baile. Para Norah, su madre había sido una buena mujer que murió al tener ella apenas un año.

Edwin Parks no era una excepción…

Supo no asustar a la virginal soñadora. Fueron primero insinuaciones silenciosas, mientras bailaban al melódico capricho de la radio, en el acogedor estudio.

Después, añadía mayor encanto apagar las luces, y sólo dejar encendida la radiogramola. Sucedió lo inevitable entre una inexperta enamorada y un juvenil, pero muy adiestrado, galán.

Y empezó ella a temer, cuando vió que en el gracioso y siempre simpático Edwin Parks, se verificaba una transformación. Iba convirtiéndose en brusco y cínico.

Ya no asistía a las clases de dibujo, y ella empezó a sentirse

lastimada en su orgullo. Telefoneó al prolongarse la ausencia del danzarín. La respuesta fué contundente:

—Lo nuestro terminó, Norah.

—Necesito hablarte, Edwin.

—Bien, si me prometes ser sensata. Esta tarde estaré para ti de tres a cinco en mi estudio. Pero te ruego, anticipadamente, tres cosas: No llores, no me digas que pensabas que yo podía mantener mi promesa de casarme contigo que te hice en un momento absurdo, y como tercera petición, no te humilles intentando volver a encender fuego que es ya ceniza.

A las cuatro cuarenta y cinco de aquella tarde, en el estudio de Edwin Parks, luces apagadas, sólo formaba un halo luminoso el cuadro de mandos de la radio-gramola.

Norah Morley, que no había llorado ante Edwin Parks en vida, lloraba ahora en convulsos estremecimientos de niña aterrorizada, a solas, porque no podía oírla Edwin Parks.

No se había humillado tampoco, atendiendo a la tercera petición, pero sí había expuesto un argumento que creía obligaría a Edwin Parks, a mantener su promesa de casarse.

Edwin había reído.

Edwin Parks estaba tendido sobre una blanca alfombra de piel de oso. Hasta muerto, poseía una gracia inherente a su flexible anatomía de organismo nacido para la danza.

Tenía un brazo arqueado sobre la cabeza, con la palma abierta. La otra mano apretaba el lugar bajo el que latió un corazón. Los dedos estaban teñidos de rojo…

Y Norah Morley miraba la pistola, cuya negrura ponía una pincelada de luto sobre la blanca piel. En su torturado cerebro, una silbante voz repetía con machacona insistencia:

«Has de morir, Norah; has de morir, Norah…».

De nada servía pues, recoger el arma homicida, donde estaban sus huellas. No podía contar con la ayuda de nadie, y era incapaz de afrontar la rigidez de Cecil Morley.

Cuando sus ojos ardían y ya no podía desfogarse llorando, se levantó, porque la visión de aquel cuerpo sin vida, era insoportable.

Se arrodilló para coger la pistola, cuyo cañón dirigió hacia su pecho. ¿Y si la bala sólo hería? Tendría que enfrentarse con Cecil Morley, y no podía…

Dejó caer de nuevo la pistola. Y abandonó el estudio, habiendo ya decidido que el Támesis con sus rumorosas aguas, significaba el eterno olvido.

Bajando las escaleras, no oyó siquiera el saludo que una mujer le dedicaba. Siguió bajando, mientras la portera del edificio de tres pisos en Chelsea, continuaba ascendiendo con una carta para Edwin Parks.

La predilección de Edwin Parks por los tapices, alfombras y gruesos cortinajes, así como también su convicción de que el champaña era un tónico, hicieron que el disparo efectuado a las cuatro y cinco minutos, que sonó amortiguado, no alarmara a la que ahora no tuvo que llamar a la puerta del estudio, porque estaba abierta.

Norah Morley llegó frente al «Albert Bridge», a la hora dorada en que crepúsculo y noche empezaban a fundirse. Un espléndido atardecer de mayo tibio, y sin niebla.

Los transeúntes tenían el indefinible toque primaveral. No se encogían entre bufandas, abrigos y paraguas, sino que caminaban con euforia de gente que tras las inclemencias invernales, acoge complacida la alegría de los primeros calores.

Norah Morley se dirigió hacia el arco central del puente. No se detuvo, porque en su trágica tribulación, en su insensibilidad para el mundo exterior, había una sensatez en sus pasos y percepciones.

Arrojarse desde allí al Támesis, era malograr su propósito. La gente que paseaba daría el grito clásico, y tendría que enfrentarse con el implacable rigorismo legal de Cecil Morley.

Siguió andando, atendiendo a la voz secreta.

«Ya lo oíste decir a tu padre, Norah. Las desgraciadas que están muy decididas a ahogarse, eligen el arco del Támesis en el barrio de Poplar, sobre todo los alrededores de los muelles de la East India. Muy desolados, desde los bombardeos».

Un barrio desconocido para ella, como para muchos londinenses de vida honorable. Tan alejado de sus costumbres e ideas, como París o Copenhague.

Lúgubre y deprimente barrio, de millares de pequeños cubos de ladrillos sucios alineados en calles estrechas y malsanas, Un mundo repulsivo, donde el delito es común y el maleante admirado…

Todo eso lo había oído comentar Norah, y a juzgar por la

expresión facial de Cecil Morley, Poplar y sus colindantes Blackwall y Limehouse, eran la sede del encanallamiento.

A pie estaba lejos, pero también para ella estaba todo lejos. Su existencia plácida, carente de verdadero cariño, hasta que encontró a Edward Parks. Su extraño temor ante el autoritario y rígido Cecil Morley…

Aceleró el paso, porque un policía en su ronda, la estaba mirando con recelo. Se detuvo con el corazón palpitante, obligada por la corpulenta masa uniformada, que se interponía en su camino.

—Buenas tardes, señorita. ¿Está segura que no se encuentra enferma?

—Oh, no, gracias. Segura.

—Buenas tardes, señorita.

Siguió ella andando, al apartarse saludando, el profesional de la tutela callejera.

Pensó que la mente humana era complicadísima. Acababa de abandonar el piso donde yacía un hombre asesinado, y era capaz de replicar con sonrisa amable, a un paternal policía…

Paternal. Sí, hasta un simple agente desconocido, le daba a ella la impresión de ser cariñosamente protegida. Una impresión que nunca le dió el propio Cecil Morley. Ella lo había excusado, pensando que posiblemente la pérdida de su esposa, lo había endurecido. Además, era refractario a las expansiones sentimentales, cortándolas fríamente. Y su profesión le endurecía más.

No podía extraviarse. Bastaba con seguir el curso del Támesis en su fluir hacia el mar. Atravesó otro puente, el de Lambeth, porque acababa de recordar que Poplar y los «East India Docks» estaban en la ribera norteña del Támesis.

Se sentía infinitamente cansada, pero no físicamente. Tenía que terminar cuanto antes, olvidar los atroces insultos que Edwin Parks, poco antes de morir, había dirigido a la mujer del gorro y bolero de piel de leopardo: a Judith Dorn…

Contuvo un sollozo, más dolorido, porque arañó no sólo su garganta sino fibras muy íntimas. Y la voz desagradable silbó:

«No seas necia, Norah. Si creías que tu madre estaba en el cielo, sigue pensándolo, aunque puedes tener la esperanza de que como ella irá al infierno, la encontrarás. ¿Oyes la canción suave? El padre

Támesis estará frescamente balsámico. Te hundirás sin sentir ningún dolor, porque ni siquiera te debatirás. No tienes la menor noción de nadar, y tu miedo a este deporte, te salva. Un susurro de agua, y olvidarás que Judith…».

Quiso pensar en otra cosa, y para lograrlo empezó a concentrar sus absortas pupilas en los que pasaban a su lado. Un grupo a diez pasos, logró atraer su mirada.

Un hombre se inclinaba sobre la niña que llevaba cogida de la mano. A su brazo, se apoyaba una matrona sonriente.

Y cuando ella se acercó, oyó al hombre fingir enojo:

—Y eso es. Sí la niña no es buena, su padre no le comprará la muñeca que habla. ¿Verdad, madre? Díselo a nuestra hija…

No oyó el resto, porque apresuró el paso. Ella había tenido muñecas caras, porque Cecil Morley no regateó regalos. Y sin embargo, hubiera preferido una muñeca de trapo, grotesca, barata, pero entregada con mimo y caricias.

Un frío beso por la mañana, y otro idénticamente frío, al irse a acostar. Eso era todo el mimo de que era capaz Cecil Morley.

Quedó atrás el ajetreo de Charing *Cross*. Bullicio, risas, comentarios captados al vuelo, sobre el buen tiempo, las carreras, las apuestas de fútbol en las voces masculinas.

Alguien la empujó, y sin darse cuenta se encontró en la plataforma del tranvía. Siguió el impulso de la grey humana, y Se sentó.

El cobrador repitió:

Hasta el final, ¿señorita?

—A los «East India Docks».

—Se conformará con Bromley, señorita. Es usted muy feliz, ya que ignora que aun no han reconstruido los enlaces de Poplar que los «jerry» bombardearon.

Alguien rió, y ella forzó una sonrisa. Después inclinó la cabeza, avergonzada. Era horrible sonreír en su situación, atendiendo aun convencionalismos.

Iba a morir, y seguía obedeciendo maquinales impulsos, como el de sonreír oyendo risas.

¿Qué haría Cecil Morley, cuando supiera que su hija había sido extraída del agua por los dragadores? Seguramente erguiría aún más su alta estatura, y afirmaría con sequedad que no hay perdón

humano, para los que cometen graves faltas…

Cerró los ojos, y fingió sonarse para poder aplicar el pañuelo a sus húmedas pestañas.

No supo sí había transcurrido un siglo o un segundo, cuando la voz del cobrador advirtió:

—Señorita: estamos en Bromley, y daremos media vuelta, cuando usted decida si se queda con nosotros, o baja. Usted debe ser de fuera de Londres, ¿verdad?

Ella, en pie, asintió en silencio, encaminándose a la plataforma.

—No debería visitar Poplar a esta hora, señorita. En fin, usted misma volverá atrás cuando vea los embudos…

—¿Los embudos? Caminando por un estrecho callejón, recordó ella que así llamaban a los hoyos dejados por las bombas. La guerra, que dos años antes había terminado. Para ella, una época agradable, porque Cecil Morley la mandó al campo, a un pensionado.

Cecil Morley era considerado un hombre justo. ¿Por qué, entonces, ella había vivido sin cariño por culpa de un odio…? ¿Por qué ella recordaba a Judith Dorn? Eran muy distintas…

Una sombra la hizo sobresaltarse. Un hombre que se deslizaba en modo extraño, apoyándose en la pared, canturreando entre dientes.

Aceleró el paso. Ya no había aceras junto a fachadas, sino adoquines amontonados, y cascotes en pilas caprichosas.

El terreno ondulaba a trechos, con baches profundos. Pero no se extraviaría. Oía el lamento del agua contra la ribera, y hacia aquel chasquido húmedo que le servía de orientación, empezó a correr.

Se detuvo después de contornear una alta empalizada de madera, porque se encontraba ante una puerta. No quería deshacer camino…

La puerta era un pequeño arco, obscuro, abriéndose sobre unos peldaños descendentes. Con pintura negra se leía aún en el dintel:

«REFUG…».

Faltaban tres letras, porque el marco estaba destrozado. Titubeó, pero al otro lado, frente a ella, escasamente a treinta metros, cabrilleaba el Támesis.

Resonó un agudo toque de silbato, que la hizo volverse. Un lejano farol reveló la presencia de un policía, que corría hacia ella.

En eco, otro silbato a la izquierda, replicó.

Debían haberla seguido, y sabían ya… No, no quería verse frente a la helada mirada reprobatoria de Cecil Morley.

Se internó en la obscuridad, bajando los peldaños con torpe paso. Y de pronto, un chorro de luz invadió el espacio llano en que acababa de penetrar.

Miró a lo alto. Una abertura mostraba el estrellado cielo, y el halo de luz de una farola.

Posiblemente un embudo… Siguió corriendo, y tropezó en cascotes, hasta remontarlos. Por suerte llevaba sus cómodos zapatos de tacón bajo.

Volvió a sumergirse en la obscuridad. No tardaría en llegar al río, que oía cada vez más cercano.

Palpitante, corrió, extendiendo las manos. Oía perfectamente tras ella el rumor de unos pies apresurados.

Y de pronto, la salvación…

Tras remontar un resbaladizo montón de piedras y arena, pisó suelo de madera. El aire libre refrescó con húmeda caricia su acalorado semblante.

Vaciló, porque tan cerca de ella, el agua del Támesis era sucia, aceitosa. Pero tras ella oyó una respiración entrecortada…

Cerró los ojos y saltó como si quisiera ascender, volar, escaparse de un mundo frío, sin cordialidad, donde el primer cariño que creyó encontrar, había sido falsedad, ofensa postrera…

Densas tinieblas la abrazaron en pegajosa succión, y fué girando lentamente, pegados los brazos al cuerpo, abandonándose. El olvido eterno iba a sumergirla.

Todo en rededor era negrura tenebrosa. ¿Qué diría Cecil Morley…?

El mortificante lastre de la imaginación se desprendió de su cerebro. Una masa de agua gravitaba sobre ella, y agudas punzadas en sus pulmones complementaron la pesadez de todos los sentidos.

Norah Morley ya no fué más que un cuerpo insensible, sumergido en las profundas aguas del Támesis.

CAPÍTULO II

—Es desagradablemente enojoso.

—Realmente difícil de comunicarlo a Morley.

—Que no me perdonaría si se enterase leyendo la Prensa —masculló el comisario Shadwell—. Llámelo por teléfono a su casa, y si no está le indicarán dónde puede ser hallado, con toda urgencia.

Diez minutos después, en el despacho del Comisario Jefe de la Cuarta Brigada Criminal, entraba, el inspector Cecil Morley.

Veinte años de servicio en Scotland Yard, no habían impreso en Cecil Morley ninguna tolerancia. Seguía siendo un fanático perseguidor del delincuente, sin brutalidad, fríamente, con impasible severidad.

Alto, de anchas espaldas, elegante por su distinguida sobriedad, Cecil Morley era también impasible y severo con cuantas mujeres de todas categorías y edades, habían intentado vencer su misoginia.

Un rostro puramente helénico, de tan regulares rasgos, que cada facción parecía esculpida por el cincel de un artista que quisiera plasmar un Apolo viril.

Impecable el ondulado de su negro cabello cepillado hacia atrás, impenetrable la negrura de sus pupilas, Cecil Morley podía parecer un diplomático meditando ante una situación comprometida, o un actor ensayando el papel de un protagonista desprendido de toda pasión humana.

«Un bloque de hielo» decían sus colegas. Uno de ellos llegó hasta a apostar que si, de repente, aplicaban un puntapié en el posterior de Morley, éste no pestañearía.

Pero al volverse, siempre inexpresivo el semblante, pegaría con certera precisión, y hasta lograría el milagro de no desarreglar el nudo de su corbata, aunque la lucha fuera violenta.

—Siéntese, Morley —invitó el comisario—. Era hoy su día libre, pero me he visto obligado a citarle. Si quiere fumar, no se prive.

El inspector Morley cogió un cigarrillo de la petaca que sacó de su bolsillo interior. No tenía ganas de fumar, pero atendía la indicación de su superior.

—Es desagradable lo que tengo que participarle, Morley. Se refiere a su hija Norah.

Cecil Morley sopló la cerilla, que depositó en el cenicero. Miró la punta encendida del cigarrillo, y después posó los ojos inexpresivos en el semblante conturbado de su superior.

—Se refiere también a Edwin Parks, a quien usted conoce, ¿verdad?

—Desconozco totalmente a ese caballero, y lamento tenerle que contradecir, señor.

—Me lo temía. De tres a cinco, al parecer, su hija Norah acudía a una lección de dibujo en Chelsea.

—Acude, sí, señor.

—Quisiera prevenirle, Morley, que me resulta violento cuanto tengo que revelarle.

—Le agradezco su amabilidad, señor.

Sin poderlo aún razonar, el comisario Shadwell, sintió surgir en su subconsciente, una oleada de exasperación contra aquel hombre de cuarenta y dos años, cuyo modo de vivir era intachable moralmente pero que acreditaba también una incapacidad absoluta para arrebatos muy humanos.

Y tal vez para comprobarlo, dijo bruscamente:

—Entre tres y media y cinco de esta misma tarde, su hija Norah ha disparado contra Edwin Parks, matándole.

Cecil Morley adelantó la diestra, y aplastó el cigarrillo, del que no había aspirado una sola vez, apretando contra el cenicero. El gesto le permitía tener la cabeza inclinada.

Levantó los ojos, aterciopelados, grandes e indiferentes.

—Perdón, señor. Creo haberle oído afirmar que Edwin Parks ha resultado muerto de un disparo efectuado por mí hija Norah. ¿Es que el disparo fué oído, y sus efectos comprobados por testigos fidedignos?

El comisario Shadwell recordó que tenía treinta y un años de servicios en «Scotland Yard».

Empujó una bandeja de madera, sobre la que había una pistola de cuyo cañón colgaba una etiqueta.

—¿Reconoce esta arma, inspector Morley?

Se inclinó el interpelado, y volvió a enderezarse.

—Es de mi propiedad. Debería estar en el cajón de mi mesita de noche.

—Estaba junto al cadáver de Edwin Parks. Faltaba una bala, que se incrustó en el corazón de Edwin Parks.

—No sé quién es Edwin Parks, y usted no ignora, señor, que nunca he mentido tratándose de actos delictivos.

—Edwin Parks era un bailarín profesional.

Cecil Morley frunció levemente la frente…

—Residía en Chelsea, dieciséis Beaufort Street, tercer piso, donde ha sido hallado su cadáver por la portera que le llevaba a las cinco y un minuto una carta. Encontró la puerta abierta y entró. Acababa de cruzarse en la escalera con una señorita a la que había visto subir a las tres y media aproximadamente. La conocía ya, y el propio Edwin Parks, le había dicho que se llamaba Norah Morley.

—A las tres y media, mi hija Norah subía las escaleras del 16 Beaufort Street, y a las cinco y un minuto, las bajaba. Hay tres pisos, señor, según ha tenido la bondad de informarme.

—Es admisible que esta pistola de su propiedad, pudo ser robada por alguna otra persona. Lo siento, inspector Morley. Sobre el aparato de radio del estudio de Parks, había esta carta, que me permití leer, porque no estaba dirigida a nadie, al carecer de sobre. Le pertenece leerla.

Cecil Morley cogió el papel color tabaco, propiedad de Edwin Parks. Pero la letra era, indiscutiblemente, la de su hija.

«No quiero que nadie pueda pagar por una acción de la que no me arrepiento. He matado a Edwin Parks, y si Dios me perdona, también me perdonará el inspector Cecil Morley. Para mí solo hay un modo de olvidar, y es morir.

Norah Morley».

El comisario Shadwell había preferido levantarse, y volviendo la espalda, mirar hacia un mapa mural.

—Son las seis y cuarenta minutos, señor. Le pido perdón por tener que inquirir si hay otra novedad.

El comisario apoyó las dos manos sobre la mesa, cuando después de girarse, comprobó que el rostro estatuario, seguía siendo impasible y frío.

—Preferiría que usted fuera menos oficioso, Morley —dijo con sequedad—. Se trata de su hija…

—Perdón por interrumpirle y enmendar sus dos últimas palabras. Está usted informándome amablemente de un hecho acaecido esta tarde entre tres y media y cinco, en el que ha jugado un papel importante una mujer llamada Norah Morley.

—¡Es su hija!

—En este caso, mío es el derecho de ser patético. Y no lo soy, comisario Shadwell. Norah Morley ha cometido un triple delito: matar, el primero. Pretender hurtarse al castigo, el segundo. Y por último, haber sido desleal conmigo, al no hacerme sabedor de que esta tarde visitaría a un hombre en su domicilio.

—Sepa que en estos momentos, los dragadores pueden estar sacando a su hija…

—Cumpliendo un deber.

—Morley: ¿por qué conserva ese repelente dominio de sí mismo? Me figuré que no lloraría, pero supuse una mínima manifestación de humanidad.

—No la tuvo Norah Morley al matar, huir y mentirme. Daba yo por indiscutible que todas las tardes acudía, de tres a cinco, a la academia de dibujo.

—Faltó muchas veces, desde que en ella conoció a Edwin Parks. La portera ha precisado que Norah acudía con regularidad a visitar en su estudio a Parks, a partir de principios de abril. Que últimamente, hará unos diez días, no venía, hasta que esta tarde, ella la vió subir a las tres y media. Comprobó que entró en el tercer piso porque dice que formaban los dos una hermosa pareja, y le complacía haberse equivocado al suponer que… ella hubiera podido ser un nuevo capricho de Parks. El retrato moral que de éste hemos podido conseguir, hace suponer al inspector Warwick, a cuyo cargo pertenece la investigación, que Edwin Parks engañó miserablemente

a Norah, la cual, al convertirse en una delincuente circunstancial, y dada, su juventud…

—Perdón por atajarle, señor. Si quería usted aludir a la desesperación de Norah Morley, no es atenuante. Ella tiene diecisiete años, pero ha sido educada en principios plenamente ajustados a un código moral.

—Pero ¿se da cuenta que está hablando de su hija, que en estos mismos momentos puede estar sobre la mesa del forense?

—Lo preferiría a que se sentara en el banquillo de culpable de asesinato, como una mujerzuela…

—¡Cállese, Morley, o… me hará perder los estribos! ¡Cállese, se lo ordeno!

Cecil Morley permaneció expectante, respetuoso. El comisario Shadwell manoseó por unos instantes un pesado pisapapeles. Fué recuperando su control nervioso.

—En Poplar, a las seis y cinco, el agente Howard, que perseguía a un delincuente, penetró en el sector peligroso de los derrumbamientos del dédalo de refugios antiaéreos. Vió lanzarse al agua a una mujer, y han sido recogidas estas prendas, que la mujer que se lanzó al agua, dejó caer en su carrera al oír los silbatos policíacos, y en el momento de pisar la pasarela al borde del agua. Le ordeno que compruebe si estas prendas pertenecen a Norah Morley.

Cecil Morley se levantó, porque el comisario le señalaba una mesita a un lado del despacho.

Una boina de terciopelo, con borla de flecos. Un bolso gris. Un pañuelo de batista azul.

Cecil Morley no tocó nada. Regresó a su asiento, pero sin ocuparlo. Se apoyó en el respaldo. La mirada de Shadwell era expresivamente rencorosa. El silencio se prolongó.

—¿Y bien, inspector Morley?

—La boina y el bolso, son propiedad de Nora Morley, señor. Del pañuelo, aunque lleva las iniciales «N. M.», no puedo testificar.

—El agente Howard, cuando llegó a la pasarela, intentó hallar algún indicio de la que se lanzó al agua. Se le unió otro agente, y acudió una chalupa de patrulla, a la que encomendaron la búsqueda de la mujer. El agente Howard y su colega, continuaron en su inútil persecución del forajido. Puede usted efectuar cualquier pregunta.

Debo comunicarle que, hasta ahora, no me ha sido participada noticia alguna referente a la mujer que se lanzó al agua. El Támesis, junto a los East India Docks, es hondo y turbulento. El curso natural puede arrastrar a la mujer hasta el mar, aunque están dragando en Creekmouth, donde han colocado ya la esclusa baja de «repesca».

—Desearía hacerle una pregunta de orden privado, señor.

—Le escucho.

—Percibo en usted una actitud de reprobación hacia mí.

—Puede que posea usted tan arraigado concepto del bien y del mal, que se olvide de ser simplemente un hombre, Morley. Escuche; yo tengo dos hijos y tres hijas. Perdí uno en la guerra. Una de mis hijas, casada con un mal caballero, ha perdido su noción de la moral. Si matara a su marido, no se suicidaría, creo yo. ¿Sabe usted por qué? No dirigiría una carta sin encabezamiento, ni aludiría al comisario Shadwell. ¿Sabe usted por qué? Porque hallaría en mí, no a un colaborador de la Ley, sino al que le limpió las narices cuando aun no sabía hacerlo. Y óigalo bien, inspector Morley… Si se diera el caso que una de mis hijas cometiera un acto ilegal, yo presentaría mi dimisión, pero después de haberle facilitado la fuga. Y ahora, deduzca.

—Sugiere usted que yo fui un padre indigno, señor, pero mi conciencia no me reprocha nada. Ella siempre me oyó decir que la mentira, el engaño, sólo conducen a mal fin.

—Y yo evité siempre aludir a Judith Dorn, pero ahora, me place echar abajo su muralla helada, Morley. No sabía que sus ojos podían brillar tan expresivos… Usted, el implacable que se permite el monstruoso delito sin castigo escrito, de permanecer impávido al saber que su propia hija se ha ahogado por carecer de confianza en su padre, usted, el severo moralista, ¿por qué dejó crecer a Norah en la total creencia de que su madre había muerto? Una mentira, inspector Morley, un engaño. ¿Lo hizo por piedad hacia una niña? Eso creíamos… No, Morley… Usted le dijo a su hija que Judith Dorn había muerto, porque su soberbia le impedía confesar que Judith Dorn prefirió volver a los escenarios, y divorciarse. En fin, es estúpido mi comportamiento. Si desea entrevistarse con el inspector Warwick, está en el sector peligroso de los derrumbamientos de Poplar, en el hangar del telefonista ribereño.

—Mañana, a las nueve de la mañana, salvo contraorden, entro

de servicio, señor. ¿Manda algo más?

El comisario Shadwell tardó unos instantes en contestar:

—Dios le proteja, Cecil Morley, porque debe ser un infierno, tener en la caja torácica un bloque de hielo.

Giró Morley sobre sus tacones, y estaba ya cerca de la puerta, cuando se detuvo, al oír que Shadwell añadía:

—Y durante unos días, inspector, le relevo de su obligación de presentarse a mí. Ya le comunicaré cuándo podré volverle a ver… sin sentirme, como dijo usted, patético. Puede retirarse.

En el corredor, Cecil Morley caminó con su regular zancada. Los que permanecían en silencio, a su paso, empezaron a conversar animadamente entre sí.

Eran hombres de valor demostrado, pero ninguno tenía ánimos para intentar hallar palabras de consuelo.

Atravesado el legendario patio, Cecil Morley, como tenía por costumbre, se colocó el sombrero al cruzar el límite donde el empedrado dejaba de ser policíaco, para convertirse en acera de libre tránsito.

Con la gabardina al brazo, miró al cielo. Una voz interpeló:

—Puedo llevarle a donde desee, inspector.

Miró hacia el coche, reconociendo al volante, uno de los más serviciales y diestros conductores.

—Gracias, Green. Acepto su amable oferta, si no tiene ningún servicio pendiente, como supongo. Llévame al sector derrumbado de Poplar, al final de Bromley.

El conductor tenía prisa por llegar. Era insoportable el silencio, junto a aquel hombre de rostro estatuario.

—Gracias, Green. Buenas noches.

El inspector Morley bajó por la arteria de Bromley, hasta que de entre las sombras surgió una silueta, enfocándole con una linterna.

—Buenas noches, agente. Soy el inspector Morley.

—¡Oh…! Pido mil perdones, señor; mil perdones.

—Cumple usted su deber. Buen servicio, agente.

—Gracias, señor. El inspector Warwick está… Puedo acompañarle, señor.

—Aténgase a sus órdenes, agente. Conozco este terreno.

Cecil Morley llegaba poco después a un hangar ruinoso, pero cuyo interior estaba, amueblado con dos literas, una mesa y sillas.

Al fondo, una centralilla telefónica, con el operador de espaldas.

Un hombre avanzó. Fornido y de baja estatura, áspero y aquejado de úlcera estomacal, el inspector Warwick se llevó la mano al borde de su encasquetado fieltro.

—Hola, Morley. Me ha telefoneado Shadwell. Iré, pues, a lo práctico. Dos agentes que perseguían a uno que parece ser de los «Gorriones», avisaron a la patrulla. Hasta ahora no hay rastro de Norah.

—Según deduzco, es indiscutible la culpabilidad de Norah Morley.

—Preferiría que ella misma confirmara las acusaciones. Cuanto te interese saber, y sepa yo, pregúntalo.

—Debe deducirse que existían, entre Parks y ella, relaciones amorosas clandestinas.

—Eso afirma la portera —dijo Warwick, sentándose en una silla, con el respaldo ante el pecho, apoyando en el barrote los brazos. No miraba a su colega, sino hacia el techo, a un punto indefinido.

—Encontrarías cartas.

—Paquetes. Muchos. Con una etiqueta. Un membrete. Escrito de letra de Parks, un nombre femenino y dos fechas. Seguramente, la fecha de inicio y la fecha de término. Tu hija no constaba en el fichero amoroso. Hay también un diario íntimo del granuja seductor. Uno de mis hombres buscó mención de Norah, deduciendo por las fechas. Han arrancado las hojas desde principios de abril hasta el final. Por ahora, nada más. Estoy esperando que los ribereños comuniquen el hallazgo del cuerpo.

—Das fácilmente por hecho que ella se ahogó.

—Celebraría el error, pero Howard la vió perfectamente caer al agua. Corrijo. Lanzarse al agua, y llegó aproximadamente al instante. Pongamos que transcurriera, según sus cálculos, un minuto. Su linterna buscó, así como la de su compañero, en vana espera de lo normal. Un círculo en el agua, la vuelta a la superficie. Quiso la desgracia que no sucediera lo normal, sino la excepción. Norah debió hundirse a plomo, dado el salto, y algún torbellino o corriente fuerte, porque están cerca tres vertederos, la arrastraría.

—Tengo entendido que el agente Howard perseguía a alguien.

—Sí. A un forajido que acababa de apuñalar a un marinero recién desembarcado, puesto que a las tres de la tarde, abandonó la

cubierta de su petrolero. Suponen que es un «gorrión» porque al aproximarse en su ronda Howard, oyó el silbido característico de la banda. Ya sabes… Silban como pían los pájaros. Algún cómplice al acecho. Howard vió una silueta inclinada sobre un cuerpo. Estaba registrando, y los «gorriones», demuestran predilección por las divisas que suelen traer los marineros extranjeros. Éste era hindú. El «gorrión» escapó con ligereza, y ahora están cercando en formación de anillo, pero hay muchos embudos, cloacas y escondrijos. Se habrá ya esfumado el «gorrión». Me da pena Finlayson, que lleva casi un año intentando encontrar un solo «gorrión», y hasta ahora, tiene que rabiar mirando a las ramas de los árboles. ¿Te enteraste que dicen que lo van a destituir por incapacidad?

—Finlayson no es inepto. Han existido bandas, cuya organización perfecta, tuvo años en jaque a excelentes compañeros.

El telefonista empezó a escribir. Se levantó Warwick para caminar pesadamente hacia la centralilla. Esperó a que el telefonista colocara bajo los signos taquigráficos, las correspondientes palabras. Leyó.

Con la misma pesadez, regresó a su silla. Miró al que no se había movido de su asiento.

—Una mujer, pero vieja. Bien vestida. Un corte en la cabeza. Sector Woolwich. Trabajo para Hamilton. Éste es otro que tal… Se hizo destituir por… Escucha, Morley. Estando aquí, nada se resolverá. Vete a tu casa, y yo te telefonearé las novedades.

—Gracias, pero aquí sobra una litera, ya que no hay orden de alarma entre los ribereños. Prefiero esperar aquí.

—A tu elección. Pueden traerte algo caliente.

—Tengo por costumbre cenar a las ocho, si puedo. Hoy… no puedo.

Carraspeó Warwick, antes de murmurar:

—Procura dormir un poco, muchacho.

Cecil Morley fué a tenderse en la litera, después de haberse quitado la americana y el jersey chaleco. Cerró los ojos, reclinada la nuca contra sus manos entrelazadas.

Oyó poco después unos pasos. Continuó con los ojos cerrados.

—Hola, Finlayson —raspó la voz de Warwick—. ¿Cayó el «gorrión»?

—Ha volado. Hemos cerrado el círculo, y hay que abandonar las

esperanzas.

—Lo siento, porque corren rumores…

—Casi será mejor. Estoy ya rendido, y reconozco que no sirvo… No sirvo.

—Puede que el jefe de los pájaros sea un talento.

—Lo es. Yo no soy ninguna lumbrera, pero creo que por capricho, no me hubieran dado el grado que hasta esta noche tenía.

—¿Hasta esta noche?

—Después de la puñalada al marinero hindú, y el piar que oyó el agente Howard, la cosa ya no tiene remedio. Me dijo el jefe que si cometían otro crimen los «gorriones» del Támesis, yo volvería al puesto de que arranqué en el escalafón. Me lo dijo hace una semana. Si quieres algo…

—Que te tomes la cosa con calma. Adiós, inspector, y hasta la vista, agente Finlayson.

—Tal vez te diré lo mismo si te entregan el expediente de «Los Gorriones del Támesis». Buenas noches.

Reinó el silencio. Y media hora después, Warwick estaba profundamente escandalizado. En su litera, Cecil Morley dormía, apaciblemente…

CAPÍTULO III

Norah Morley temblaba, y sin embargo sentía calor. El temblor, más que a causas físicas, obedecía a un terror inmenso.

Llevaba unos instantes tratando de mantener adheridas las largas pestañas. Ella sabía que se había ahogado. Recordaba perfectamente un salto, unos lentos giros sobre sí misma, con la pegajosa viscosidad del agua, y sabía que estaba chorreando, con las ropas pegadas al cuerpo.

Las infantiles creencias habían vuelto. Siempre que de niña imaginó el destino de los que morían, los veía en dos transformaciones: vestidos de blanco, sentados en arrobada contemplación de paraíso, a los que cumplieron todos los mandamientos. Gritando y saltando entre cadenas, dentro de una caldera volcánica, a los réprobos, que habían merecido el infierno.

Era, pues, un ejecutor de las sentencias infernales, el que hacía unos instantes, la había dejado resbalar hacia un suelo tibio. Después de morir ahogada, la primera percepción con sentido que había experimentado, era la de estar atravesada sobre algo que se movía.

Estaba boca abajo, colgantes piernas y brazos, sobre un hombro del que luego la dejó sobre el suelo tibio. Y le era imposible abrir los ojos, porque debía ser horrible el aspecto de lo que la rodeaba.

Crispó la cara, porque una voz ronca, refunfuñaba cerca:

—Esto es una complicación, Holigan.

Otra voz, mordaz, sarcástica, contestaba:

—Casi me cayó encima, y me costaba más soltarla que traerla aquí, gorrión.

—Dame la bolsa y espera aquí, porque tendrá que decidir Igor.

Otra vez el silencio. Unos diablos llamados Holigan, Gorrión e

Igor, era algo anormal.

La voz mordaz, sarcástica, volvió a dejarse oír.

—Puedes mirar, mocita. No sé por qué te empeñas en seguir haciéndote la muerta. Tragaste buenos sorbos, pero la postura en que te transporté, te ha facilitado la vuelta a la vida. Ya sé que me vas a acusar de haberme metido en lo que no me interesaba. Mi defensa es sencilla: fuiste tú la que té metiste en lo que no te importaba, corriendo delante de mí, y saltando mientras yo me deslizaba. Yo buscaba el camino de escape, y tú la muerte. Fué el agua la que te empujó, o a lo mejor fui yo quien te agarró. El caso es que al pisar firme, estabas desmayada, y sin mucho daño. Sucia el agua, ¿verdad? ¿No hueles?

Norah Morley abrió los ojos, y volvió a cerrarlos. Tinieblas…

—Con dos o tres pestañeos más, estarás en condiciones de verme bien. Podías haber elegido otro sitio para remojarte. Aunque a lo mejor, te figuraste que los policías te silbaban. Era a mí. A mí, y ahora mismo están moviéndose como locos, y no me encontrarán. También se necesita ser cobarde para echarse al agua con tu cara y tu tipo.

Norah Morley pestañeaba. Un olor fétido, de cloaca. Estaba medio tendida, porque su espalda y cabeza se curvaban contra algo viscoso, caliente, que palpó con repulsión.

—Un calorcito agradable, ¿eh, mocita? Es que al otro lado corre el agua sucia, por el vertedero de cloro caliente. Dije que tenías cara y tipo, porque desde que salimos del Támesis, hasta aquí, hemos andado de lo lindo. Bueno, anduve yo. Y había trechos con luz. Puedo equivocarme en meses, si te doy dieciocho añitos preciosos. Una chica bonita a tu edad, sólo se echa al agua por un desengaño, de amores. ¡Memez! Hay que vivir y vengarse.

Norah Morley inició un movimiento lateral. Quería huir de nuevo a aquella voz en las tinieblas de aquel túnel…

—Ya no puedes disponer de ti, mocita. Es Igor el que decidirá, que para eso manda en los gorriones. Puede creer que eres una espía, y me va la piel en dejarte escapar. No lo intentes. Tendría que agarrarte.

Ella se quedó erguida contra el muro cóncavo y barroso, tendiendo las manos hacia delante, en gesto de repulsión.

Una risa casi acariciante, resonó.

—No tienes que temer mi contacto, si no pretendes escapar. Sin embargo, cuando estabas dándote el baño, y te cogí por donde pude, te abrazaste a mí con fuerza. Instinto, a pesar de tu desmayo. No te molestes en intentar averiguar por qué no me ves, y yo te veo. Igor tiene la sabía manía de que nadie debe identificarnos, para luego decir que somos gorriones. Y la mala suerte tuya, ha sido dar con el camino de los gorriones. Tendrás pues que esperar el veredicto de Igor. Me parece que poco ha de importante, pues si decidiste morir… Claro, que ahora, a lo mejor, quieres conformarte a vivir.

Ella miró ahora con fijeza hacia donde procedía la voz. Había una sombra más clara. Un hombre sentado, cuyos rasgos faciales no podían verse.

—La entrada a los dominios de los gorriones, mocita. No chilles, creyendo que estoy decapitado. Es una entrada poco holgada, y estando así, sentado, la mirilla me permite mirar, y no ser visto. Otra manía de Igor: que el portero de turno, conserve su incógnito siempre, por si vienen los gatos. Bien, llámenlos gatos a la policía. Es extraño, pero me das pena, mocita.

Le pareció a ella ofensivo aquel modo de calificarla.

—Me llamo Norah —dijo.

Que hablasen, que apareciesen nuevas complicaciones, todo lo deseaba, antes que volver a pensar en Edwin Parks, Judith Dorn… y Cecil Morley.

—Norah es un nombre bonito. Y tal vez te aliviaría como una buena medicina, el explicar por qué querías darte el último baño.

—He matado a un hombre. He matado a un hombre…

—Lo mataste una sola vez, Norah. Vaya… Si no mientes, le agradará a Igor saber que eres de confianza. Pero te preguntará a quién mataste.

—A Edwin Parks.

—¿Un gato? Bueno, ya te lo dije.

—No, no era un policía.

Bajó ella la cabeza, y de pronto, alzando las rodillas, se las abrazó tratando de contener contra ellas el movimiento convulsivo de sus sollozos.

—Desahógate, Norah. Nunca mejor empleada la palabra. Mi abuelo que era un hombre listo, decía que hay más viudas que

viudos, porque los hombres somos tontos, y tenemos una costumbre enfermiza. No lloramos. En cambio, mi abuelo, un Holigan de los barbianes, decía que las mujeres tienen la sana precaución de sacarse los malos humores, abriendo la espita de las lágrimas. Lo malo es guardar los malos humores dentro. Sigue llorando, Norah, hasta que Igor manifieste por el pico de su enviado, lo que hemos de hacer contigo.



¿Soy un asesino?

La actitud de Norah Morley era la de abatimiento infinito.

—Vi en un parque una estatua parecida. Claro, la estatua no llevaba ropa, aunque tú, con la ropa mojada… No nos extraviemos, Harry. Por cierto, Harry Holigan soy yo, y no tengo por qué conservar el incógnito, porque de dos, una.

Un deslizar, y la voz sonó más rotunda, más cercana. Pero ella

oía, sin querer escuchar ni ver ni darse cuenta que seguía viviendo…

—De dos, una. Igor decide que te quedes al fondo del Támesis, o que se compruebe si es cierto que has matado al tal Park. Si es cierto, puede que te considere útil, porque eres jovencita y seguramente no estarás fichada. Es esencial, para que podamos llevar la doble vida. En la calle, gente de fiar. En las cloacas, gorriones bien amaestrados por este barbián talentudo que es Igor. Claro, que habría que dejar pasar algún tiempo, antes de dejarte salir a la calle.

Ella alzó la cabeza, porque una mano acababa de rozar su cabello. No se rebeló, porque la voz acompañando el gesto, decía:

—Pobrecita nena asustada, que quiso morir. Muy mal hecho, Norah. La vida es bonita, cuando pasa el dolor. Yo no lo puedo remediar, pero soy un sentimental. Mi abuelo me decía que si no terminaba poeta, la peor degeneración a que podía llegar un Holigan, terminaría casado, según él, otra degeneración. Por ahora ninguna de las dos predicciones se ha cumplido. ¿No has oído decir que después de la tormenta viene el arco iris?

Ella volvió a bajar la cabeza. Había tenido una fugaz visión de un rostro enjuto, sucio de barro, donde unos blancos dientes destellaban.

—Igor estará dando sus órdenes, porque hacia las siete unas veces, y otras, hacia las once, reúne la bandada de gorriones. Hoy tiene que ser a las siete, aunque si no viene, tenemos que esperarle hasta las once. Yo hablo para ver si consigo aturdirte. Otra hubiera chillado, me habría insultado, o estaría corriendo; yo qué sé… Tú, quietecita, llorando como las nenas, sin rabieta, cuando despiertan de la pesadilla, y no acaban de despejarse el poquito seso.

—Déjeme marcharme —musitó ella, con los labios contra el dorso de sus manos entrelazadas sobre las rodillas.

—Es lo único que no puedo hacer por ti, Norah. Soy un gorrión, y vuelo según me manda Igor. Además, piensa bien, que si te dejase sola, no darías con la salida seca, ni con el río. Aquí no hay más rata que yo, porque el cloro está cerca. Las mujeres, desde que nacen, son formidables. Acabas de estremecerte, porque hablé de ratas.

—Quiero… morir…

—Ya habrá tiempo sobrado, si Igor lo decide así. Mientras, imagina que yo soy alguien muy amigo tuyo. Será porque le veo tan triste, por lo que me entran ganas de verte sonreír.

—Márchese; déjeme sola.

—Equivale a lo mismo que te negué, porque es Igor quien tiene que decidir. Pero te hablaré de cosas más agradables. No te creas que todo es cloaca por aquí debajo. Hay el sitio que llamamos el nido. Una delicia. Hay de todo, menos ventanas. Y es como arriba. No todo son cloacas. Ahora lo crees así, por el olor, y porque hubo un sucio tipo llamado Parks, que no se portó bien contigo. A tus años, y con tu carita, no se mata si no es por amor… o a lo mejor te defendías…

—Me dijo que se casaría conmigo; lo juró y…

—Entonces, hiciste lo que debías, Norah. Yo nunca he comprendido a esos cobardes que emplean la palabra sagrada… Bueno, te resultará chocante en mi boca, pero yo digo que sí sobran mujeres, no hay por qué engañar a bobaliconas que se enamoran.

—Cállese…

—Si no hablo, tendrás más miedo. En tu modo de reaccionar, en tu modo de sorber los lloriqueos, hay tanta pena sincera, que hasta a un granuja como yo lo enterneces. Por esto afirmo solemnemente que hiciste muy bien al matar a ese Parks, porque si te engañó, era un canalla. Observa que hay clases. Un canalla, es aquél que comete malas acciones, sin necesidad, por gusto. Un granuja… ¿Sabes lo que es un granuja?

Ella, siempre con el rostro sobre sus rodillas, sacudió los hombros, en negativa sin exasperación.

—Un granuja es el que, como yo, empieza por robar y después mata. ¡Eh, pero cuidado, nena! No soy un asesino, como tampoco tú entras en esta categoría. Verás cómo lo entiendes… Hacia las seis, una gorriona me da la señal. Significa que el marinero de Bombay, lleva buenos billetes del extranjero. Entonces yo entro en funciones, mientras otro, vigila si vienen los gatos. El de Bombay, según Igor, era un gato disfrazado; ¿comprendes? Intentaba atrapar gorriones, fingiéndose marinero con divisas. Me acerco a él, y le pido fuego. Murmuro que Scotland me envía, y el hindú, me estrecha la mano. Yo entonces, le llamo chivato, y le digo que soy un gorrión, y que no me atrapa. El supuesto de Bombay, quiere coger su pistola. Yo le

gano, y se queda tieso. Llevaba muchos billetes, para cazar gorriones. Los billetes en la bolsa impermeable, contra mi pecho, y asunto bien concluido. ¿Soy un asesino? No.

La negativa fué dicha con rotunda sinceridad. Una voz ronca, avisó:

—Andando, Holigan. El jefe quiere oírte y saber quién es la «macabea».

CAPÍTULO IV

El inspector Warwick leyó por encima del hombro del telefonista, y esperó a que éste le tendiera la hoja, con la que se dirigió a la litera.

Apenas la rozó, pero ya Cecil Morley, incorporándose, le miró interrogante.

—Referente a Norah, ninguna novedad. Pero algo debe andar mal, ya que Shadwell ordena que al instante nos traslademos tú y yo a su despacho. Y digo que algo debe andar mal, porque tú estás libre de servicio, y yo aquí tenía que estar esperando.

Cecil Morley acabó de vestirse, y ambos inspectores abandonaron el hangar, bajando unas escaleras casi verticales, donde un coche esperaba.

En su interior, Warwick se reclinó a un lado, para encender su pipa, y al cabo de un instante, comentó:

—Tal vez te choque si te digo que no acabo de ver claro en la muerte de Parks. El forense ha enviado un segundo informe, en el que habla de una coagulación y de cierto proceso de estancamiento sanguíneo, según cuyos datos, ha calculado como matemática la muerte de Parks hacia las cuatro. Y Norah abandonó el piso de Parks a las cinco y un minuto. No necesitaba una hora para arrancar páginas de diario, y llevarse sus cartas, suponiendo que existieran.

—La mentalidad femenina es muy alambicada.

—Llevas el casó tú.

—Tu hija tiene apenas dieciocho años.

—Extraoficialmente te pertenece, y por esto te informo. Hay además otra complicación. Un pintor.

Cecil Morley parecía escuchar por cortesía. Warwick continuó:

—Un pintor que acudió a declarar ante mi ayudante, que estaba recorriendo los salones de té colindantes con el edificio en que a las

cuatro murió Edwin Parks. Una declaración curiosa, acerca de una mujer que llevaba un gorro y bolero de piel de leopardo, y que salió a las cuatro y media aproximadamente, del número dieciséis de Beaufort Street.

—Tres pisos, seguramente ocupados por artistas.

—Sí, y el pintor no vive en ninguno de ellos. Pasaba por delante, y le llamó la atención la mujer, no por el leopardo de sus pieles, sino porque, según declara, tenía unos ojos realmente prodigiosos. Tengo buena memoria, y no preciso leer el informe que me ha enviado mi ayudante. El pintor los describe como almendrados, perversos y excepcionales, por cuanto están escasamente separados por el caballete de la nariz. El pintor, muy gráficamente, alude a una artista de cine, que desempeñó el papel de ama de llaves en la película «Rebeca»…

Cecil Morley arqueó una ceja, y por un instante, hubo en su cuerpo una repentina rigidez. No lo percibió Warwick, que prosiguió:

—Yo voy poco al cine, porque ya me dan bastante película en mi trabajo. Pero se da la casualidad que mi mujer se empeñó en que la llevase a ver «Rebeca». Y recuerdo al ama de llaves. El caso está en que me gustaría saber si la dama de la piel de leopardo, ha justificado ya su presencia en el dieciséis de Beaufort Street, porque el pintor asegura que él se aproximó deseoso de pedirle que le permitiera bosquejar su rostro, y dicha dama, no sólo apretó el paso, sino que casi se batió en franca retirada. Sospechoso, ¿no?

—Lo parece. Supongo que tu ayudante estará ya preguntando a los ocupantes de los demás pisos, si hacia las cuatro y media, una dama con bolero y gorro de piel de leopardo, se despidió de alguno de ellos.

—Esto hace ahora. Bien, vamos a ver qué quiere Shadwell.

En su despacho, el comisario Shadwell, contemplaba sobre su mesa, un gran plano, en el que se destacaban circulitos rojos en resalte.

A su lado, estaba el inspector Finlayson.

Sin alzar la vista del plano, el comisario Shadwell, expuso:

—Usted se cuidará de seguir la investigación iniciada por Warwick, referente a la muerte de Edwin Parks, inspector Morley. Puede esperar aquí, hasta que llegue el ayudante de Warwick al que

he mandado llamar. Acérquese más, Warwick.

El interpelado acudió a colocarse a la izquierda del comisario.

—Le prometí a Finlayson relegarle a la cola del escalafón, pero le voy a conceder una última posibilidad. Trabajarán ustedes dos en colaboración. Aquí tienen el campo de acción de la banda llamada «Los Gorriones del Támesis», porque han piado siempre en la misma rama. La marinería. Y en el mismo tronco, que parte desde los Docks de Wapping hasta los East India, donde en ellos acaba esta misma tarde de esfumarse uno de ellos.

Con un puntero, como un profesor explicando una lección gráfica, el comisario siguió la curva en perfecta herradura del curso del Támesis, desde los Wapping Docks hasta los East India.

—Hace exactamente catorce meses, apareció el primer gorrión, puesto que el oficial mercante desvalijado, antes de perder el sentido, oyó el piar de un gorrión, pájaro que en febrero no habita no ya Londres, sino un lugar tan desprovisto de arboleda como lo es Wapping. Atribuimos el robo con violencia a una pareja de habituales delincuentes, y éste fué el arranque en error. Perdimos el tiempo con los delincuentes habituales, y un mes después, otro marinero, era también brutalmente despojado de su dinero.

Señaló Shadwell otro circulito en la Commercial Road del barrio de Steprey.

—Persistimos en el error, porque también el segundo marinero habló de una jovencita muy mona, poco profesional, con la que se dispuso a dar un paseo, hasta que recibió el primer golpe, y oyó el piar contraseña. El tercer caso, tuvo lugar en Limehouse. Idénticas características. Y en el total de catorce acciones contra marineros, han intervenido catorce jovencitas distintas, no profesionales ni identificables como habituales «pescadoras» de tabernas. ¿No le choca algo, Warwick?

—Es difícil creer en la discreción y organización de una banda de catorce jovencitas, señor.

—Esto ha sugerido Finlayson. La posibilidad de una o dos muchachas, bien dirigidas, que adoptan diversos disfraces sencillos. Teñirse el cabello, maquillarse, en fin, los recursos de tocador. Ya que está aquí, Morley, deme su opinión.

—El hombre que esta tarde consiguió despistar al inspector Finlayson, ¿no se ha apartado de la regla común, señor? En los

anteriores casos, no se habló de muerte, sino de violencias. En éste, según parece, el gorrión apuñaló a un marinero hindú.

—Primer crimen. ¿Algo más, Morley?

—Mi colega ha emitido una sugerencia inteligente. Las jovencitas que actúan, sean dos o catorce, poseen una organización, y no son profesionales ni residentes en los barrios bajos ribereños. Su radio de acción es intermitente, pero siempre en las riberas entre Wapping y Poplar. Y resulta chocante que las víctimas sean marineros que llevan encima una cantidad creciente de billetes extranjeros, cuya pista se pierde.

—Eso es. Ninguno de los billetes ha sido cambiado en Londres. Y cada marinero ha hecho una descripción distinta de la jovencita. Ninguno ha podido descifrar al que le golpeó, pues no pudo percibir al atacante, al parecer porque en el instante de ser atacado, se dedicaba a… a comportarse como un marinero en callejuela poco iluminada, y en agradable compañía incitante. Hasta ahora, el inspector Finlayson tampoco ha sabido iluminar su camino, y no quiero ser injusto. Admito que esta pandilla tenga un mando inteligente, que borra toda huella, pero esta tarde ha sido apuñalado un marinero hindú, en Poplar, y desde este mismo momento, ustedes dos trabajarán en conjunto, y si antes de diez días, el plazo máximo que puedo conceder, no han adelantado en esta caza de gorriones, seguirán en colaboración como agentes de tercera, ¿se enteran?

El comisario miró agresivamente a Finlayson y Warwick, los cuales prefirieron guardar silencio.

Shadwell miró a Morley sin simpatía.

—Ponga en claro lo referente a cierta mujer con prendas de piel de leopardo, y si queda prontamente terminado el caso Parks, le ruego colabore amistosamente con sus dos colegas. Hay un punto en común en los dos casos. Norah Morley se arroja al agua en este punto…

La varita se apoyó en la curva del río, en el barrio de Poplar.

—Y el agente Howard persiguiendo al gorrión que apuñaló al hindú, jura y perjura que el asesino desapareció en este mismo punto, sin arrojarse al agua. Esta zona es intransitable, y ofrece múltiples dédalos de escondrijos. Diríjanse al Servicio de Reconstrucción, y obtengan un plano de esta zona. Si es preciso,

empleen la Brigada especializada en desescombros, pero antes del amanecer han de tener la seguridad completa de que el gorrión que asesinó al hindú, no está agazapado en los refugios o cloacas de Poplar. Lo único que acertó usted, Finlayson, fué al alejar colocados estratégicamente en cada bocana de salida de esta zona, agentes. Si logramos atrapar al que mató al hindú, lo celebraré por ustedes dos. ¿Qué quiere decirme Finlayson?

—Usted, señor, me encomendó este asunto, cuando el inspector Hamilton fué destituido, al fracasar.

—No le destituyeron por fracasar, sino por alertar a los gorriones, empleando un método que estaba muy bien el siglo pasado. Disfrazó de marineros a diez agentes, que exhibían billetes extranjeros, y fingían acabar de desembarcar. Fué poner en ridículo nuestra institución. Y demostrar que la cabeza de esta banda, está capacitada para mantener en jaque durante catorce meses a Scotland, o al menos, a nuestra sección. ¿Qué tiene que ver ahora su alusión a Hamilton?

—Es desagradable recelar de un compañero, pero Hamilton procedió de modo, no ya anticuado, sino como si quisiera advertir a los gorriones que teníamos especial interés en descubrirlos, señor.

—No es de reprochar este recelo, Finlayson, porque lo mismo pensé yo. Y fué vigilado Hamilton, quedando por completo descartado. También he descartado su indicación acerca del método que imaginó, Finlayson. Registrar los marineros en arribada en el estuario, para impedir que bajen a tierra con divisas extranjeras, impediría que los gorriones actuasen, y a la vez impediría cazarlos. Y ya hemos comentado bastante. Pueden retirarse. Usted, no, inspector Morley.

Los otros dos inspectores abandonaron el despacho.

—No deseaba verle tan pronto, después del molesto incidente extraoficial que hemos sobrellevado hace hora y media, Morley. Pero por razones de servicio, he preferido encomendar a Warwick la colaboración con Finlayson, y que usted prosiga con la investigación de Warwick. A otro que no fuera usted, le eximiría por razones familiares.

—Le agradezco el elogio, señor, puesto que es reconocimiento de que yo no antepongo mis sentimientos al cumplimiento del deber.

—Un estoicismo que no supe apreciar en toda su grandeza, Morley. Olvidemos pues nuestro incidente, y tan pronto le informe el ayudante de Warwick, haga sus indagaciones, y supongo se habrá fijado en un detalle coincidente. Es usted muy superior a Warwick y a Finlayson.

—El gorrión y Norah Morley desaparecieron a la vez, y hasta ahora, pese a que desde un primer momento pudieron verificarse los sondeos, no ha sido hallado cuerpo alguno en todo este curso.

Señaló Morley el plano, apuntando al trazo azul.

—Eso es. Puede retirarse, Morley, y no es preciso que me informe, hasta no tener noticias concretas acerca de Norah Morley.

En su despacho, Cecil Morley fué leyendo las anotaciones realizadas por el ayudante de Warwick.

—Muy bien, Greyson. Una labor rápida y eficiente. Puede reunirse con el inspector Warwick, al cual transmitiré mi enhorabuena, porque poseo los datos suficientes para llevar a cabo felizmente el resto de la investigación.

Eran las nueve y quince minutos, cuando Cecil Morley entró en uno de los pintorescos «*pubs*», del Montparnasse londinense; King’s Road, del barrio bohemio de Chelsea.

Un cafetín muy continental, con ambiente de intimidad y de libre disertación, donde sus concurrentes construyen y destruyen en breve espacio de tiempo, las más amplias teorías acerca de la ética, la estética y el Cosmos.

El pintor que Cecil Morley estaba buscando, era fácilmente identificable por su blanca cabellera y rostro rubicundo. Las modelos decían que Stuart Kemble, se teñía el cabello para representar el papel de hombre experimentado. En cuanto al color de la piel, todo el mundo estaba de acuerdo en que se debía a la básica alimentación del pintor: fruta variada, macerándose en vino añejo.

Stuart Kemble, al ver aproximarse a Cecil Morley, se separó de su tertulia.

—Buenas noches, inspector. Ya me dijo su ayudante que usted, entre nueve y diez, vendría a interrogarme. No sólo Scotland tiene pupila, inspector. En esta salita estaremos apartados del bullicio. No quisiera que lo considerase una impertinencia, pero su rostro es

asombroso, inspector.

—Usted tiene fama de buen retratista.

—Porque lo soy. No plasmo el contorno carnal, sino la aureola anímica. Hay rostros imposibles de reproducir, porque son carne vulgar. El suyo es romano y estoico. No es la flema nacional, que supone disciplina interior, sino algo más excelso. Usted ha sufrido mucho, y no lo ha dejado transparentar. ¿Resultado? A la vista de una genial mirada está. El cincel del sufrimiento oculto, ha dado a sus facciones romanas, la pátina del buen mármol. No me juzgue mal si he penetrado arcanos secretos, inspector. Es mi vocación.

—La mía, es investigar, señor Kemble. He asimilado con interés su descripción de la mujer que, entre cuatro y cinco, salía del número dieciséis de Beaufort Street.

—A las cuatro y veintisiete minutos, sonantes. Una precisión suiza, de este reloj «Movado» que compré anteayer, y con el que no estoy aún familiarizado. Es tan de mi agrado, que constantemente lo estoy consultando.

—¿Y lo estaba consultando cuando la mujer salía?

—En efecto. Volvía a mirar el misterioso movimiento de esta esferita, y alcé la vista al oír un taconeo femenino. Ella. Y no dudo que usted sabrá apreciar mejor los detalles que su ayudante, cuya cara era manifestación de un espíritu obtuso y gregario.

—Le ruego describa a esta mujer detalladamente.

—Alcé la vista de mi reloj, y fui bestialmente masculino, al mirar primero las piernas. Un absurdo. Pero eran piernas perfectas. Tobillo fino, y anfórica ampliación, hasta el borde de la falda negra. La piel de leopardo no era cruel. Permitía apreciar un busto estético, ni excesivo ni menguado. Pero salté a los ojos.

—No ignoro que su vocación le habilita para ver mucho en poco tiempo.

—Yo estaba al borde de la acera, y ella, saliendo, se dirigió hacia Pulham, de donde yo procedía. Ella me miró de pronto… Tengo cuarenta y cinco años, inspector. Y he visto muchos paisajes, desde el cálido negro napolitano, hasta el claro azul noruego. Me estoy refiriendo, como ya habrá usted comprendido, a los ojos femeninos, eterno enigma desesperante. Rara vez he recibido una descarga escalofriante, a partir de la inmunización de los desengaños acumulados. Pero la dama del bolero y gorro de piel de

leopardo, al mirarme, me produjo una sensación semejante a la que debe experimentar un niño cuando, en sus sueños incoherentes, es contemplado por un hermoso diablo.

—Una mujer, por lo tanto, que será fácilmente identificable.

De su chaqueta de pana, el pintor extrajo un block, y a la vez que giraba hojas; sentado al lado de Morley y en aquella salita sin otra concurrencia explicó:

—Croquis primitivo de la percepción instantánea, del que bosquejé la silueta, contrastándola con este trazo que podemos medir. Pongamos pues que ella tiene la altura suficiente para ridiculizar mi talla, lo cual no significa que sea desproporcionadamente alta. Aquí, en la tercera hoja, tiene el primer esbozo del color de los ojos, mezclando el azul con toques de gris y malva. Resulta sucio, pero la línea corresponde. El óvalo facial me escapa y, sin embargo, aquí logro ya captar el conjunto eslavo de pómulos, cejas y oblicuidad. Y por fin llegamos al retrato inicia.

Cecil Morley miró la quinta hoja. Conocía perfectamente aquel rostro, si bien hubiera podido corregir al pintor, que decía:

—Debería contrastar con el modelo, la línea angular, pero certifico la exactitud de la máscara.

—¿La máscara?

—Llamo así el espacio comprendido entre la parte inferior de la frente, y la inferior de los pómulos.

—Bien, creo que es suficiente para identificarla. ¿Cuándo ella le miró, que hizo usted?

—Permanecer un instante alelado. Ella apartó al instante sus pupilas, y apresuró el paso. La seguí con intención de rogarle me permitiera tomar un bosquejo, porque tuve la certidumbre de que resultaría un retrato francamente genial, y entonces ella, corrió… Sí, no exagero. No la seguí, fui cobarde, porque recordé que en otra situación parecida, me detuvo un policía, al que no satisficieron mis explicaciones. Luego, cuando oí hablar de que habían matado a Edwin Parks, recordé a la que huía, y me presenté a su ayudante.

—¿Conocía usted a Parks?

—Lo bastante para definirlo como un Apolo endemoniado.

—Posiblemente, la mujer de la piel de leopardo, será conocida en Chelsea.

—Hace horas que pregunto, y nadie la conoce. Oiga, inspector, si usted la detiene, ¿sería ilegal que yo pudiera conseguir retratarla?

—Llegado el momento consúlteme. Buenas noches, y gracias por su aportación.

—Netamente casual.

La portera del dieciséis de la calle Beaufort, persistía en declarar que no vió a ninguna mujer como la descrita por el pintor Kemble, ni aquella tarde, ni ninguna.

A las diez y media, el inspector Morley estaba caminando por las estrechas callejuelas al norte del barrio de Poplar.

CAPÍTULO V

Norah Morley no rechazó la mano que se apoderó de su diestra, porque la voz del asesino que con tanta naturalidad se consideraba exento de culpa, era cálida y cordial:

—Sígueme sin miedo, Norah. Inclínate ahora, y después no alces mucho la cabeza, porque andaremos un buen rato por sitio donde el techo es bajo.

Ella fué siguiendo al que se internó por un pasadizo húmedo, totalmente a obscuras. A instantes, Norah Morley creía vivir en trance cataléptico, donde su organismo funcionaba normalmente, pero su cerebro estaba ya invadido por tinieblas precursoras de la muerte total.

Sin embargo, era muy vivida y humana la voz de Harry Holigan:

—Te han calificado de «macabea», porque es el término que sirve para designar a las que se ahogan. Me gusta sentir tu manecita, porque es firme y no tiembla.

El pasadizo se truncó en rellano circular, de paredes calizas, que daban reflejo blanquecino. Comprobó ella que el hombre llamado Harry Holigan era alto y de anchas espaldas.

Aquel viaje subterráneo resultaba dantesco, pero ella era incapaz de sentir reacciones normales. Desde las tres y media de aquella tarde, su existencia se había truncado, abandonándola, para convertirla en muñeca manejada por hilos independientes de su voluntad.

El rellano circular, semejante al fondo de un pozo, quedó atrás, y ella no percibía la física conformación del extraño camino por el que iba guiada de la diestra.

Volvió a encorvarse, bajó unos peldaños, penetró en dos sucesivos laberintos de obscuros altibajos, y de pronto irrumpieron

varias sombras agitándose como fantasmas.

Perdió el sentido, agotada su resistencia nerviosa.

Su vuelta a la consciencia de lo que la rodeaba, fué lenta, ya que entre parpadeos, asimiló la continuación de lo incomprensible. Porque incomprensible era cuanto veía y oía desde que revivió al oír mentar el nombre de Harry Holigan.

Ella estaba sentada en un cómodo sillón, pero su talle, al igual que sus muñecas, estaban retenidos por afelpadas correas.

Un techo de vigas de madera ennegrecidas, y paredes con paneles de obscura madera. Ninguna ventana, y la luz dimanaba de unas barras de neón laterales.

Por mobiliario, además del sillón en que se hallaba sentada en el centro de aquella sala, una, larga mesa tras ella, con escabeles desocupados.

A un lado, otro sillón también de cuero, en el que Harry Holigan, atado de muñecas y tobillos, reclinaba la nuca sobre el respaldo.

Al frente, un estrado con otro sillón vacío. Tras el sillón del estrado, en el panel de la pared, en alto, había un reloj. Marcaba las siete y veintiún minutos. Su tic-tac era perceptible en el silencio absoluto.

Volvió ella a girar la cabeza. No era alucinación de sus sentidos febriles. Era un hombre, cubierta cabeza y cara, con un pañuelo rojo.

Estaba en pie, tras la mesa larga, junto a los escabeles que parecían esperar otros fantasmales entes subterráneos.

Inclinó ella la cabeza sobre el pecho, renunciando a pensar. El tic-tac proseguía monótono, obsesivo, como la gota de agua de un grifo mal cerrado.

Y Norah Morley agradeció obscuramente la voz cálida que le volvía a dar sensación de vitalidad, ahuyentando su incipiente temor de que la locura había invadido su cerebro, desde que se sumergió en el río.

—Si no me pusisteis mordaza es porque me dejáis libre de hablar, gorriones. Supuse que emplearíais precauciones para que la muchachita no os viera las caras, pero conmigo habéis exagerado.

Tú, gorrión, tendrás que explicarle a Igor por qué, me has tratado como a un fisgón que por casualidad visitara estas catacumbas.

El hombre del pañuelo rojo avanzó hasta colocarse junto al sillón que Harry Holigan ocupaba forzosamente.

—Lo convenido no era esto, Holigan —y el pañuelo no bastó para encubrir en su aleteo la voz ronca y áspera.

—Cuando Igor no acude a las siete, lo hace a las once. Él dará la razón a quien la tenga. De momento, te acuso de un exceso de celo, Stevens. No me digas que debo callar nombres, porque esta mocita sólo tiene dos porvenires: o será gorriona, o irá al fondo de cualquier vertedero. Pero ya una vez estuvimos tú y yo a punto de sacudirnos, Stevens. Por lo visto, estabas anhelando una segunda ocasión.

—Igor decidirá si en su ausencia, hice bien o no. Permanecerás así, hasta las once.

—Dime la razón, Stevens.

Harry Holigan, manchada el rostro de barro, hablaba calmosamente, con la nuca siempre reclinada contra el respaldo.

—La primera razón, es que Igor no te ordenó matar. La segunda es que apareciste con esta muchacha.

—Huía como yo de la policía, y me cayó encima. Cuentas que presentaré a Igor, pero tú y los otros, al caerme encima a traición, actuasteis por impulso propio. Veo cómo ocurrió… Tú recoges la bolsa, y vienes a consultar a los demás. Y casi te oigo llevar la voz cantante, porque tienes ínfulas de mandamás, Stany Stevens.

—Igor determinará si hice bien o no. Oí cuanto hablaste con ésta, porque dejé a Pat escuchando. Y sabías lo que nos dijo Igor. Todo aquel de nosotros que trajera a alguien aquí dentro, sería juzgado por nosotros.

—Igor sentenciará, pero estas tres horas esperando, las recordaré, Stany Stevens.

—No haber aparecido con una desconocida, después de matar a quien sólo debías deslastrar.

—Igor me habló a solas, Stevens. Me habló del marinero de Bombay. O sea que para empezar, te tomas libertades que te pesarán. Y ya va bien de cháchara. A las once, en aquel sillón Igor pondrá los puntos sobre las correspondientes letras.

Harry Holigan giró en sentido opuesto el cuello. El lodo seco le

formaba placas sobre el rostro. Destacaban los azules ojos y los blancos dientes.

—Hola, Norah. No te asustes. Son cosas que pasan, cuando las cosas que pasan, no son corrientes. Te complicaste la existencia porque hallaste en tu camino a un canalla, y ahora quizá le cojas de nuevo apego a la vida, con el miedo de perderla. Pero Igor tiene talento, y no debes tener miedo, porque a las once, Igor decidirá. Igor no es un borrico como este mascarón. No pegues, Stevens, porque luego la cosa, no tendría remedio.

Stany Stevens que tenía en alto un puño, abrió y cerró la mano unos instantes, y sin mirarle prosiguió Holigan:

—Todo este melodrama es necesario, y en realidad tú lo has suscitado. Pero es otra prueba de que Stany Stevens es un borrico. Se coloca un trapo, sin pensar que de dos cosas, una es infalible, tan pronto la decida Igor. O te conviertes en gorriona, o morirás como querías. Y vete pensando, Norah Morir es lo último que a todos nos espera. Cuanto más retrasemos el momento, más ocasiones tendremos de desquitarnos. Hazme caso, Norah, y piensa en la receta de los médicos a los ricachones. Les dicen que cambien de aires y ambiente. Yo conocí a un vagabundo muy feliz comiendo queso con pan. Resultó que era un aristócrata con espuertas de dinero. ¿Fuiste hasta ahora una niña fina? Cambia de ambiente, y verás que es medicina que cura. Y ahora trata de no pensar en nada, y dormir. Si no puedes dormir, esfuérzate en pensar que Norah es una gorriona que a las once puede empezar otra vida, dejando lejos los malos recuerdos. Apaga la luz, Stevens, que quiero dormir. A las once me despiertas, y que no esté muy caliente el chocolate. Tráeme la prensa, y no te olvides de cepillarme el traje de los domingos.

El enmascarado retrocedió, y Harry Holigan dedicó un guiño a Norah Morley. Ella pensó que hacía mucho tiempo que conocía a aquel asesino de rostro sucio, donde los dientes tenían blanca sonrisa amistosa…

El
tic-tac
fué de nuevo latiendo.

Una serie de imágenes desfiló por la mente de Norah Morley, que remontó a su infancia, porque no quería pensar en el presente ni en los últimos tiempos…

Y de nuevo Harry Holigan ejerció en ella su dominio, en benéfica influencia, y bajo trivial y grotesca forma.

Harry Holigan roncaba no muy fuerte, pero boca abierta, y con ello acallaba el exasperante
tic-tac.

Norah Morley, pese a su tragedia, tuyo un fugaz instante de infantil normalidad. Sonrió antes de sumirse en modorra de agotamiento.

Un ruido de arrastre, la hizo abrir los ojos. Lo primero que vió fué el reloj, que tenía las dos manecillas juntas marcando las once menos cinco.

El ruido se debía a que los escabeles eran movidos. Miró hacia atrás. Pañuelos rojos en vez de rostros… Chaquetas masculinas, un jersey moldeando, un seno femenino…

Tenía que olvidarse de ella y su tragedia. Fijarse en los demás. Tras la larga mesa se sentaban tres hombres y tres mujeres.

La banda de «Los gorriones del Támesis», esperaba la llegada de Igor. Miró ahora al que, en el sillón cercano a su derecha, efectuó las muecas muy vulgares y plenas de sentido normal, del que despierta.

Cerrar y abrir la boca, pestañear, y por fin, Harry Holigan masculló:

—El jurado se reúne, y la sesión va a empezar. Hola, Norah. Pronto vas a salir de dudas, y confía en mí cuando te digo que Igor es un talento. Las once menos dos minutos… Tras aquel sillón, hay una puerta, aunque no la veas. Y cuando aparezca Igor, no te asustes…, porque no es un verdugo sino un cerebro de primera. Las once casi, casi…

Ella se contagió del tenso ambiente, en que hasta el sarcástico Holigan parecía impresionado, mirando tras el sillón vacío del estrado.

Al fondo, el panel de madera se descorrió entre el reloj y el respaldo del sillón.

Un cráneo calvo, unas cejas muy negras, redondos discos de cristal ahumado, una piel muy blanca, tersa, una boca delgada, cruel, como un corte de bisturí, una barbita puntiaguda…

Un cuerpo grueso recubierto por negro abrigo abrochado hasta el cuello, se sentó en el sillón.

En el breve lapso desde que apareció hasta que se sentó, el jefe de la banda, se descaderó grotescamente. Tenía una pierna más corta que la otra, y al sentarse, quedó visible el zapato izquierdo, ortopédico, de gruesa suela.

Al apoyar un codo a un lado, pareció un pensador mefistofélico. No podía divisarse el color de sus pupilas, ni a quién miraba. Su voz sonó aguda y precisa, con deje extranjero:

—Stany me ha informado de las novedades. Cumpliste por lo que atañe al hindú, Harry. Pero no debes reprochar a Stany, que consultó a los otros gorriones, porque te presentaste con una mujer ajena a nuestra organización. Una organización elaborada sobre una premisa de riguroso secreto. Si cada uno de vosotros, desde el primero por antigüedad, conserva en su cofre particular, sin gastar un solo penique, la cantidad que progresivamente, le permitirá disfrutar los placeres del mundo, ello se debe a que cada uno de vosotros, atiende mis indicaciones. ¿Acaso te dije yo que aparecieras con una mujer ajena a nuestra organización, Harry Holigan?

—Usted no podía adivinar que en el mismo instante en que para escapar de los gatos que me pisaban los tacones, empleé yo la entrada de los casos apurados, me iba a caer encima una desesperada mocita, que acababa de matar a un hombre, y quería ahogarse. Yo quisiera saber lo que hubiera hecho el propio diablo en un caso igual, señor Bokiss.

Igor Bokiss alisaba con la diestra enguantada en negro, la pernera de cuadros grises de su pantalón. Había cruzado la pierna normal sobre la deforme.

Distaba unos cinco pasos de los dos sillones.

—Me bastará con saber lo que hiciste, Harry.

—Ella me cayó a plomo y se me agarró como una lapa. Si yo hubiese forcejeado, arriba los gatos habrían notado algo. Preferí no desprenderme del inesperado peso, y pasé las de Caín, para ponerme a seco. Soy fuerte, pero no le deseo a nadie encontrarse abrazado por una mocosa que deseando ahogarse, y cuando está a punto de lograrlo, decide volver a vivir.

—Instinto de conservación, Harry. Pero ¿sabes quién es esta muchacha que escucha muy dócilmente?

—Dice que se llama Norah, y que ha matado a su conquistador,

un tal Edwin Parks. Y yo garantizo que los gatos la asustaron, y echó a correr delante de ellos, conmigo muy cerca. No sé más, sino que esta chica quería ahogarse, y si no me encuentra como caballito de mar, lo consigue. Para tranquilizarla, le expliqué que yo también…

—Esto ha sido imprudente, Harry —atajó la aguda voz.

Nada se movía en el rostro de Igor Bokiss, salvo la delgada línea de los labios.

Norah Morley evocó las figuras de cerca del museo Tussaud…

—De dos cosas, una, señor Bokiss. O usted la emplea, puesto que tiene pocos deseos de verse con la policía, o usted la devuelve al río.

—Casi pareces avalarla, Harry.

—Se ve de golpe y porrazo, que esta mocita a nadie puede hacerle daño.

—Salvo en el caso de que luego hablaremos. Escuchad atentamente los otros. Los gatos están vigilando todas las bocanas de salida, y los especialistas en desescombros han empezado a recorrer esta zona. Esperaréis a Stany en el ramal sexto, y os conducirá a sitio seguro. El mismo os hará saber nuestro próximo lugar de reunión, porque esto quedará destruido. El comisario Shadwell cree que en esta zona encontrará la solución al problema que le atosiga. Recoged, pues, vuestros cofres, y Stany os llevará después a lugar seguro. Idos.

Rumor de escabeles, y al poco, prosiguió Igor Bokiss:

—Es preferible que antes que Stany te libere, me prometas, Harry, no ser violento. Stany y tú sois mis dos mejores auxiliares. Él ignoraba que yo te ordené matar al hindú.

—Prometo, señor Bokiss. Al fin y al cabo, Stany creyó hacer méritos.

—Desátalo, Stany, y vete.

Stanley Stevens maniobró tras el sillón, y se retiró.

Igor Bokiss se acarició la puntiaguda barbita con la enguantada mano gordezuela. Aparentaba ser un hombre adiposo…

Harry Holigan, en pie, se frotó los brazos, mientras se aproximaba al sillón donde seguía prisionera Norah Morley.

—Podría ordenarte que devolvieras a esta muchacha a la tumba qué ella misma eligió, Harry.

—Ya se lo advertí a ella, señor Bokiss. A nadie engaño yo, salvo a los gatos.

Una risita aguda, restalló, haciendo vibrar los delgados labios.

—¿Sabes cómo se apellida esta frustrada «macabea»?

—No se lo pregunté ni me lo dijo, señor Bokiss.

—Se llama Norah Morley.

—¿Morley?… Me suena.

—Es la hija del inspector Cecil Morley, Cuarta Brigada Criminal.

Durante unos instantes, Harry Holigan respiró ansiosamente. Después, apaciguado, sonrió:

—Tiene guasa la cosa, señor Bokiss. No me diga que la chica me ha engañado.

—No te ha engañado. Huía, y anunció su intención de suicidarse. Pero ¿y ahora qué? Si fuese una vulgar hija de vulgar ciudadano, podríamos darle protección y trabajo. Pero cuando se le pase el arrebato, buscará hablar con su padre.

—¡Nunca! Yo quiero morir… Yo no quiero volver…

—Tú te callas, Norah —y aunque Holigan aplicó la palma de su mano en la boca femenina, ella no se sintió humillada.

—Déjala hablar, Harry.

—Habla, Norah.

—No podría nunca más volver a ver a mi… No podrá comprenderme, pero no es la muerte de Parks. Es que…

—Bueno, ya empieza la llantina, señor Bokiss.

—Norah Morley quiere decir que le avergüenza su pecado pasional. Y es indudable que estuviste acertado al suponer que podía servir, para no repetir demasiado con Pat y Susan, porque ignorabas que era la hija del inspector Morley. Pero todo Scotland anda buscando el cadáver de Norah Morley. La conocen. No puede regresar y explicar lo que ha visto, y oído. Citaría a Stany Stevens, a ti mismo, a mí… Dentro de poco, esta sala se inundará, porque ya no podemos emplearla más. Que siga ella su suerte, Holigan. Ella misma lo quiere.

Norah Morley cerró los ojos, asintiendo en lentas cabezadas.

—Usted manda, señor Bokiss. Total, se quería, ahogar… Conque…

—Es bonita, y mucho más apta que Pat y Susan. No dudo que con unos retoques, y si te hiciera caso nos serviría, pero es la hija

del inspector Morley.

—Eso es lo que no acabo de entender, señor Bokiss. Usted siempre sabe lo mejor, pero, lo lógico es que esta chica hubiese ido a encontrar a su padre que, dado su cargo, le hubiera sacado las castañas del fuego. Es menor de edad, y el tal Parks seguramente abusó de ella.

—No fué a ver a su padre; ¿por qué, Norah Morley?

Ella apretó los labios, y sus manos se crisparon en los brazales.

—Dicen que el inspector Morley es un ciego cumplidor de toda ley, y posiblemente ella ha crecido temerosa. Dime la verdad, Harry. Nosotros somos delincuentes, pero tenemos corazón. ¿Te da pena esta muchacha?

—Mucha, cuando no sabía que era hija de un gato rabioso como lo debe ser ese Morley, que hasta a su hija asusta. Pero, la cosa cambia, ya que ahora resulta que es hija de un gato rabioso.

—Contesta, Norah.

—Ustedes viven contra la ley, y son más humanos que… el inspector Morley. Yo quería morir para no verme ante él… Es horrible, lo sé, pero ustedes no conocen al inspector Morley…

—Ya vuelve la llantina, señor Bokiss.

—¡Porque… porque… nunca más podría yo ser una mujer decente! Esto es lo más horrible…

La diestra de Holigan volvió a posarse sobre los cabellos de Norah Morley, que sin lágrimas, crispaba las facciones.

—Sea o no hija del inspector Morley, me da mucha pena, señor Bokiss. Yo le dije a ella, antes, que cambiando de ambiente, se curaría. Esta mocita es leal, y puede ser útil. Se podría probar, señor Bokiss. No me hace gracia dejar que se ahogue aquí, cuando haga usted saltar la cañería doble. Pero usted manda, señor Bokiss.

—Llévatela por el ramal sexto, y me respondes de ella, Harry. Cuando llegue el momento, Stany te avisará el nuevo sitio de reunión. Pero si te falla la vista, Harry, yo no te fallaré. ¿Sabes por qué la dejo a tu cuidado? Porque…

—Perdón, señor Bokiss, pero no lo diga. Esta chica no merece oírlo. Yo adivino la broma, pero esta chica es muy tierna. La llevaré a mi casa, y el viejo no se opondrá. Ya sabe usted, que mi viejo es un tunante que me quiere, y hace lo que le digo.

—Lo sé. ¿Y sabes tú si los gatos te reconocieron?

—Bien que me tapé la cara, y en cuanto al de Bombay, no puede decir cómo la tengo. ¿Qué papeles le arreglo a la mocita, señor Bokiss?

—Mañana mismo, recibirás unos en regla para ella, que constará como tu mujer. Y prepárala bien. Los dos, sin más ayuda, podéis actuar en el golpe mejor planeado que estoy preparando. Pero es esencial que puedas fiar plenamente en ella, Harry.

—Creo que podremos confiar en ella, señor Bokiss. Ella verá, que siendo quien soy, mejor resulto que el canalla Parks.

—Adviértele, Harry, cuando se levante…

Harry Holigan, que iba a hacer girar la manivela tras el sillón, comentó:

—El señor Bokiss no quiere que ninguno de nosotros se le acerque, para evitar malos arranques. Y donde empieza el estrado, hay alta tensión, producida por generador propio. Nos lo explicó prácticamente, y nosotros echamos cosas al estrado… Se quemaron… No te acerques al estrado, Norah —se volvió al jefe—: Bien, por si acaso sigue ella queriendo morirse, la cogeré por los codos, señor Bokiss. La salvé una vez y…

—Dos veces, Harry. Porque si no hablas como lo has hecho, ella hubiese muerto. Dicen que la mujer no sabe ser agradecida, Harry.

—Norah no sé si sabrá o no, pero me consta que es buena.

—Si es buena, no te ayudará, Harry.

—¿Por qué no, señor Bokiss?

—Tú eres un asesino, pensará ella.

—Ya le dije que no lo soy. Matar a un… Bueno, señor Bokiss, ella es una niña, pero me comprende.

Harry Holigan sostenía a Norah Morley en pie, pasándole un brazo tras la espalda, y cogiéndole un codo.

Igor Bokiss, se levantó. Era alto y grueso… Su rostro de pesadilla, donde los dos cristales ahumados sustituyendo las cuentas oculares le daban cierta semejanza con un búho, parecía privado de elasticidad.

—Por el ramal sexto, desembocarás en la esclusa rota. Stany habrá colocado ya la pasarela, y por ella llegarás al ramal que te llevará lejos de la zona vigilada. Pero acuérdate de quitarte el lodo seco, y sería preferible que no os vieran a los dos con ese aspecto. En la próxima reunión, cuya fecha Stany os hará saber, trae a esta

«macabea». Y que tu viejo la vigile en tus ausencias, Harry. Os podéis ir.

Norah Morley reclinaba su cabeza contra el hombro fornido. Seguía los pasos del que, siendo un asesino, le producía un extraño sentimiento de dominante amistad, jamás experimentado.

No quería mirar por dónde iban. Le bastaba saber que a su lado, un hombre, desconocido horas antes, la conducía a través de las tinieblas.

Oyó fragor de aguas arremolinadas, se sintió alzada en vilo, y enlazó sus brazos en rededor del cuello del que la transportaba por entre dos tumultuosas corrientes de agua fétida, pisando un estrecho margen de lisa piedra.

Oyó un retumbar lejano, y se dejó mecer con infantil abandono entre los brazos del que corría con atlética agilidad.

Una bocanada de aire puro la despertó de su abandono, y quedó en pie ante Harry Holigan, en un terreno con escombros entre tapias.

—Vas a olvidar quién fuiste, Norah. Yo he sacado la cara por ti, y no puedes hacerme quedar mal. Es la primera vez que confío en alguien, aparte de mi viejo. Me haría daño que me engañases.

Y ella no supo por qué, pero obedeció el impulso que la hizo susurrar, con trémula sinceridad:

—Yo también tengo pena de ti, Harry. Y no quiero hacerte nunca daño.

—¿Pena de mí, chiquilla? Bueno, ya me lo explicarás, y si se acerca un gato, mírame a la cara, y pareceremos dos enamorados.

Harry Holigan supo esquivar el posible encuentro con algún policía, y no supuso que la que se asía de su brazo, ignoraba que el barrio donde estaban tras media hora de marchar, era Whitechappel.

El barrio judío, en una de cuyas callejuelas, una de las tantas tiendas, anunciaba en cartel tosco:

«Reuben Holigan, Sastre».

La puerta, entre dos pequeños escaparates, tintineó al ser abierta por Harry Holigan.

Volvió a cerrarla. Olía a alcanfor.

—El viejo estará durmiendo. Quédate quieta, hasta que

encienda.

Al fondo se silueteó en un umbral un hombre. Y tras él, estalló luz…

Un hombrecillo de cara tímida, con gorro de dormir y larga bata, que calzado con pantuflas, miró confuso a Norah Morley.

Harry Holigan volvió a coger del codo a la aún más confusa joven.

—Es mi viejo Reuben, el mejor de los tunantes. Ésta es Norah, viejo. A partir de ahora como si fuera mi esposa, pero es una chica de lo más decente, lo que salta a la vista.

Reuben Holigan se apartó, y cuando los dos jóvenes hubieron pasado, cerró la puerta de la trastienda.

Se deslizó hacia un lado, y se oyó el rumor de sus pantuflas, encaminándose hacia una cocina, visible.

—Siéntate, Norah. La guarida es modesta, pero tranquila. Mi viejo te preparará cena y cama…

—No tengo hambre, y…

—Comerás. Voy a lavarme un poco, y ponerme presentable. Tú lo necesitas menos que yo.

Norah Morley quedó sentada de resultas del pequeño empujón que le dió el extraño maleante.

Una habitación limpia, comedor de estilo antiguo, con piezas de distintos mobiliarios. De ella arrancaba una escalera, por la que desapareció Harry Holigan.

No tardó en aparecer Reuben Holigan llevando una tetera, que colocó sobre la mesa. De un armario extrajo tazas.

—Yo siento ser como… una intrusa, señor Holigan.

El judío vertió té en dos de las tazas. Tenía la cara larga, ojos tristes y expresión de abatimiento.

Su voz fué suave, amable.

—No te inquietes, niña. Lo que Harry ha dicho, saltaba a la vista. Te reconfortará tomar algo caliente. No tienes hambre, pero beberás un poco de este té.

—Que es gloria pura —anunció Harry Holigan, reapareciendo.

Limpio el rostro, en mangas de camisa, era un mocetón de unos veinticinco años. La nariz algo aplastada, le daba aspecto de boxeador. Sus ojos azules eran risueños. El negro cabello rizoso despedía olor a lavanda. Y en la diestra, tendió el frasco recién

usado.

—Mejor olor, ¿verdad, Norah? Bebe este té. No lo preparan mejor en todo Londres. Ella dormirá en mi cuarto, patrón. Yo dormiré aquí, en la hamaca. Mañana sabré qué apellido tiene, aunque supongo que me darán papeles como si fuera mi esposa. Se quería ahogar, viejo. Y pude sacarla a flote. Le puedes decir que no tenga miedo, que aquí estará segura.

—Aquí estarás segura, Norah. Harry tiene sus defectos, pero nunca ha traído aquí a nadie… Yo no quise…

Norah Morley, reclinando la cabeza sobre sus brazos que apoyaba en la mesa, no podía llorar. Murmuró:

—Estoy cansada, muy cansada. Perdónenme.

—Ha pasado malos tragos, viejo. Prepárale el cuarto, patrón.

Las pantuflas susurraron al deslizarse, y Harry Holigan volvió a pasar la diestra por la cabeza de Norah Morley.

Ella se incorporó. Estaba muy cerca de él…

—Tu pobre padre, Harry… no debe nunca saber que…

—No lo sabe ni lo sabrá. Olvídalo. Empiezas a ser otra ahora, Norah. Ya discutiré con mi viejo tu transformación. Bastará, seguramente, con el cabello, y que te pintes un poco, aunque será una lástima. Pero me has prometido no intentar irte.

—No me iré Harry. Y haré lo que me digas.

—Buena chica. Sube, y a dormir.

Un cuarto modesto, con las paredes llenas de recortes de revistas. Mujeres con poca ropa…

Entornando los párpados, Norah Morley comprendía por qué los ojos de Reuben Holigan y su cuerpo abatido, expresaban tanta pena. Quería, a su hijo… y presentía, un mal fin para el que desde la puerta, antes de cerrar, sonrió:

—A dormir, que mañana saldrá el sol, chiquilla.

La puerta se cerró. No podía haber sol nunca más para la que, olvidando su propia tragedia, sufría pensando en el mal fin del asesino Harry Holigan.

CAPÍTULO VI

Dominaba el estilo y calidad de Mayfair, en Greek Street, una de las arterias del Soho, sede y reino del teatro. Actrices, estrellas y coristas, formaban el compacto elemento decorativo de los restaurantes de diversas nacionalidades, alineados a cada lado de la calle que tiene, además, la fama de ser donde se encuentra el café «menos malo» de todo Londres.

El té nacional cede su dominio a bebidas continentales, y el londinense en busca de sensaciones, sabe que a partir de medianoche es cuando empieza la vida en el Soho.

Afluye de todas las calles de en rededor, la gente del mundo de la farsa, y hacia la una de la madrugada, una animación esplendorosa agita las tertulias de Greek Street.

El teatrito que terminaba más tarde era el «Ero's» de Windmill Street, en cuyo escenario desfilan encantos femeninos extremadamente ligeros de ropa.

El espectáculo más atrevido de toda la puritana Inglaterra, fué el que a las dos menos cuarto, pareció atraer al inspector Cecil Morley, que se instaló en uno de los palcos altos.

Consultaba su programa de mano, que una acomodadora de muy corta falda y mayormente breve corpiño de encajes, acababa de entregarle.

Se anunciaba, para las dos menos diez, el «*Ballet* Swans». Cuatro cisnes, decía el programa: Harriet, Lea, Moira y Judith…

En el antepecho, una caja con ranura, permitía disponer de prismáticos depositando media corona.

Cecil Morley disfrutaba del privilegio de los ocupantes del «palco-champaña». Una rejilla protectora aseguraba el incógnito del

que, desde el interior del palco, veía todo, sin ser visto.

Terminó una corista acrobática sus evoluciones, el telón abanicó dos veces a ras de candilejas, y la orquesta preludió la dulzona música que precedería la aparición del «*Ballet* Swans».

El telón se fué arqueando lentamente hacia arriba, y un decorado fingiendo un lago con esbeltos cisnes, apareció al fondo del escenario.

Uno de los cisnes se movió, y la danzarina, a la vez que abandonaba el hueco en el decorado, abandonó su plumaje… Una escultura sonrosada, adoptó gráciles posturas.

Siguieron los demás cisnes, y las cuatro bailarinas fueron enlazándose, evolucionando, destrabándose, y componiéndose sucesivas trenzas de artísticas figuras.

Cecil Morley fijó los prismáticos en una sola de las bailarinas. Un sabio maquillaje que complementaba la prieta turgencia corporal de Judith Dorn, ex señora Morley, incapacitaba al más atinado calculador en edades femeninas, para afirmar si Judith Dorn había rebasado la treintena.

Tal vez a la cruda luz diurna, le hubiera atribuido treinta años. Bajo la discreta luz nocturna, Judith Dorn podía muy bien declarar veinticinco.

Sólo Cecil Morley sabía que su ex esposa había cumplido los treinta y siete, y también sólo ellos dos sabían que, en cierta ocasión, el que entonces era solamente un agente de Scotland Yard, la había definido como «monstruo de perversidad».

El «*ballet*» terminó adoptando las cuatro un escorzo hacia atrás, unidas las piernas, y que justificaba el título de la musiquilla: «La copa de placer».

El telón barrió por cuatro veces el tablado. Era un agradable complemento ver saludar a los cuatro cisnes.

La acomodadora que acababa de traer el cubo con hielo, del que sobresalía el capuchón dorado del espumoso, recogió además del billete, una tarjeta.

Estaba en blanco, sin nombre alguno. Sólo unas líneas escritas recientemente:

> «Para evocar un pacto convenido en borrascosa noche de marzo, ante una copa rota».

—A la bailarina Judith —indicó Morley—. Ella sabe quién soy.

—Al instante, señor.

La acomodadora había ya colocado reglamentariamente dos copas. Bajó hacia los camerinos, y pasó por entre cuerpos perfumados, hasta llegar tras el asiento de la que estaba masajeando sus miembros con alcohol levemente aromatizado de espliego.

—Una invitación para usted, Judith.

—No estoy de humor para invitaciones —replicó, desdeñosa, Judith Dorn.

—Un caballero guapísimo. Todo un caballero sin equívocos, Judith. Parece una estatua griega, y tiene unos ojos negros que son terciopelo puro.

Judith Dorn pasaba ahora una gran borla por su busto. Miró por el espejo a la acomodadora.

—¿Estatua griega con ojos de terciopelo negro? ¿Te ha dicho cómo se llamaba?

—Ha escrito algo raro. Se lo leo.

La acomodadora empezó:

—«Para evocar un pacto convenido en borrascosa noche de marzo…».

Fué más que una mano, una zarpa la que asió la tarjeta, interrumpiendo la lectura. Por el espejo, la acomodadora, percibió el brillo salvaje de los extraños ojos de Judith Dorn.

—Dile que enseguida iré a verle.

La acomodadora, yéndose, meditó que también ella se hubiera puesto muy nerviosa, si la citaba un hombre como el que estaba esperando en el palco.

Momentos después, Cecil Morley se levantó para efectuar un ceremonioso saludo. Su rostro no delataba la menor emoción, ante la que había amado profundamente, y a la que no había vuelto a ver desde cierta borrascosa noche, diecisiete años antes.

—Has sido muy complaciente al atender mí invitación Judith. El tiempo ha detenido su marcha, dominado por tu eterna juventud física.

Judith Dorn, sentándose, se reclinó contra el acolchado respaldo del diván. Miraba con fijeza al que, en pie, ante ella, removía ahora dentro del hielo, la botella de champaña.

—Quisiera también felicitarte por tu exhibición, pero lo

interpretarías como sarcasmo.

—Lo es, Cecil —murmuró ella, trémula la voz—. Fui la excelsa… y hace dos años me rompí un tobillo. No podía ya… Y formé parte del «*Ballet* Swans» que dirige Harriet. Yo no sabía que Harriet había aceptado un contrato de un mes aquí. Yo le había dicho, cuando entré a formar parte de su *ballet*, que mi condición esencial, era nunca regresar a Londres.

—Pero estás en Londres desde hace veintisiete días, y celebro la ocasión que nos permite vemos… lejanas ya en el olvido, las borrascosas noches de una llama extinguida para siempre.

—¿Cómo has sabido que yo estaba aquí?

—Muy casualmente, querida. No debes temblar de frío, cuando puedes entibiar tu fría sangre con chispas doradas.

Ella cogió la copa tendida, y bebió ansiosamente. Presentó la copa vacía, y él escanció de nuevo.

Sin beber, depositó Morley su copa en el pequeño velador. Al sentarse en el diván, ella se retiró a un lado.

Cecil Morley rió silenciosamente. Un rictus dolorido, pero que a ella se le antojó la mueca del felino antes de devorar su presa.

—No debes temer un abrazo de bienvenida, Judith. Es cierto que está por completo apagada la llama, y cicatrizada la llaga. Sólo siento ahora lástima al mirarte.

Judith Dorn irguió la cabeza. Él prosiguió:

—Infinita lástima por ti, que eras todo orgullo, soberbia y engreimiento. Esta noche me dió por indagar tu posible destino. Recorrí ciertas agencias, y logré encontrar tu paradero. Debo confesarte que me sorprendió enormemente que rompieras el pacto convenido. Recibías mensualmente la cantidad estipulada, que siempre renovó en el Banco neoyorquino, con transferencias anticipadas. Dejarás de percibir esta pensión, puesto que has incumplido, Judith. Aparece así escrito en poder notarial, complementando el acta de divorcio. ¿Otra copa, querida?

Ella tendió la copa, que él rellenó por tercera vez.

—Recuerdo también que en un momento de rencor apasionado, te prometí y nadie tomó acta de mi promesa, que si regresabas a Londres…, te mataría.

Por primera vez mojó los labios Morley en su copa.

—Éramos muy jóvenes entonces, Cecil.

—Cierto. Tenías veinte años, eras la primera y única mujer en mi vida, y los cinco años de ventaja que en edad te llevaba, no podían vencer tu milenaria maldad perversa. Palabras de melodrama, Judith, por las que te pido humildemente excusas, pero el drama apareció en mi plácida existencia cuando tú…

—Dijiste que todo estaba olvidado, Cecil.

—Por esta misma razón, ya no duele el recordarlo. Descompondremos fríamente nuestra breve pasión, como si fuera un caso ajeno. La tolerancia viene con los años.

—Me han dicho que te consideran un inspector inteligentísimo en Scotland, pero intolerante, severo y desprovisto de la virtud de perdonar.

—Si no te maté hace años, demostré poseer la virtud de perdonar.

—Siempre que he pensado en ello, Cecil, he llegado a la conclusión de que preferiste no ser lo que odias: un criminal.

—Si estabas tan segura de que nunca me convertiría en criminal, ¿por qué no volviste antes a Londres?

—Hubiese perdido mi pensión…

—Ya la has perdido, pero tu arte coreográfico te compensará. Creo recordar que comentaste cuando eras joven, que la peor degradación artística… era lo que estás haciendo.

—Te habrá parecido venganza deleitosa, verme…

—Me has dado pena, mucha pena, Judith, porque preveo tu final. En cualquier orgía, algún beodo te estrangulará. Yo no bebo ni tomo parte en bacanales. Faltan tres días para terminar de cumplir tu contrato, ¿no es así, querida?

—Así es.

—Me temo que ya no abandonarás Londres, ¿verdad, querida?

—El «*ballet*» está contratado para una jira por provincias francesas.

—No creo que puedas ir, querida.

—¡Si pretendes asustarme… no lo conseguirás! En este palco… habría testigos que después dirían que…

—Me apena comprobar que has perdido facultades no sólo artísticas, sino intelectuales. Si pensase terminar con tu perjudicial existencia, hazme el honor de recordar que poseo recónditas aptitudes artísticas, que si me permiten descubrir delitos, también

me capacitan para urdir artísticos crímenes.

—Me iré… esta misma noche, Cecil. Te lo juro.

—Juraste amor y fidelidad en una buena mañana de junio. Eras entonces para mí la quintaesencia de lo hermoso, de lo que valía la pena de proclamar que la vida era bonita. En mí fué sólido sentimiento. En ti, fugaz y vehemente capricho. Te di mi alma, y la secaste. Te di mi fé, y quedó muerta una noche de marzo… Vuelvo a pedirte perdón por mis lacrimosas expansiones.

Ella se sirvió de nuevo, bebiendo como si su sed fuera insaciable. Cecil Morley encendió un cigarrillo. Parecía un impasible visitante que estaba hablando de trivialidades.

—Lo que me ha demostrado que eres maligna, querida, es que en estos diecisiete años, supiste dominar tu materno instinto. No supiste ser esposa, y esto es perdonable. Pero Norah era tu hija… No me arguyas que juré matarte si te aproximabas a ella.

—Nunca he oído comentar que el inspector Morley falle a sus juramentos.

—Dos que no cumplo.

—¿Dos?

—Te estoy hablando, y me escuchas, demostración plena de que estás con vida. Y has visto a tu hija… y sigues oyéndome.

—No he visto nunca a Norah.

—Mentir es en ti tan natural como respirar, querida. Sólo una vez fuiste sincera, y desde entonces, todos me acusan de tener hielo en el corazón. Fué tu única sinceridad la que me heló aquella noche de marzo, en que rompí una copa cuya espiga hizo sangrar mi mano.

—Yo te pido perdón —susurró ella.

—¿Perdón? Es risible tu actitud, Judith. Demuestra la bajeza en que te vas hundiendo miserablemente. Casi te prefiero como estuviste aquella noche de marzo. Agresiva, soberbia, desafiante… y yo, acobardado, humillado, hecho un guiñapo. Entonces era yo un agentillo ilusionado, y eras tú la gran artista que me declaró que no había nacido para ser esposa ni madre. Y que se esforzó en acudir a todas las sinceridades para atribular al agentillo, dándole pruebas complementarias, de lo que él había ido descubriendo, y en lo que no quería creer. ¿Y todo por qué? Porque te prohibí seguir en tu afición. Lo juzgaste una tiranía, cuando te pasó la fugaz pasión. Y

me declaraste que tus dos únicos amores verdaderos, eran el baile… y el encantador Voronin, que se había reído mucho cuando nos casamos. Una horrible risa… El apellido Morley para la hija de dos bailarines.

—Yo… te lo expliqué entonces…

—Sí, sí… Una explicación casi honorable. No querías, puesto que Voronin no aceptaba casarse contigo, que existiera en el mundo una niña sin apellido. Y Norah tuvo el mío…, pero todo esto me lo explicaste una noche de marzo, cuando ya Norah era para mí un trocito de carne a la que iba cogiendo cariño creyéndola hija mía… ¡Y era fruto de amores de dos malignos entes, armonía corporal, caos moral! Vuelvo a pedirte perdón, querida.

Cecil Morley mojó por segunda, vez los labios en su copa.

—Es tarde, Cecil, y yo quisiera… no mortificarte más con mi presencia.

—Compartiremos unos instantes más la mutua mortificación: la mía, recordando la piltrafa que fui La tuya, por tu presencia. Casi debes envidiar a Voronin, que lleva ya muchos años, recluido en un sanatorio mental. Tú irás rodando pendiente abajo, y tendrás larga y lenta agonía de oprobios y humillaciones y rencores. Un porvenir que me apena, querida. Casi sería preferible que tuvieras un mejor fin. Por ejemplo, maquillarte con esmero para el último «*ballet*» en hora muy temprana de la madrugada, con varios espectadores indiferentes, en la Torre de Londres, sobre un tablado sin candilejas ni orquesta. Lo imagino como delicioso «*ballet*». Judith Dorn subiendo al patíbulo… porque en Londres, la horca, termina con las que matan físicamente. Por ahora, no se ha inventado suficiente castigo para las que matan moralmente.

—Desvarías, Cecil. ¿Por qué iba yo a ir al patíbulo?

—Veo con placer que el champaña te ha animado. Irás al patíbulo, querida… ¿cuándo? Más tarde o más temprano. Por cierto, y para abandonar este tema macabro, en este templo de la frivolidad lastimosa, ¿no te interesa saber noticias de la hija de Voronin?

—Es nuestra hija, Cecil.

—Enternecedor en boca de madre que abandonó a su hija sin nunca pedir de ella siquiera un retrato. Y que consiguió hacerme odiar a la que inocentemente, siempre me evocaba la silueta de dos

danzarines… Es curioso, Judith… Hay destinos que se llevan en la sangre. Esta tarde, entre tres y media y cinco, un bailarín llamado Edwin Parks, murió de resultas de un balazo que brotó del cañón de una pistola de mi pertenencia.

Judith Dorn tendió la mano, que retrocedió bruscamente, al sentir sobre su dorso, el frío contacto de la diestra de Morley.

—Apuraste el contenido de este frasco, Judith. Me place tocar el timbre que nos dará un entreacto, y a ti, la aportación de más ánimos para seguir oyéndome pacientemente.

La acomodadora traía ya un segundo frasco de champaña, y en silencio abandonó el palco, cuya puerta fué a cerrar Morley.

En la sala, un alegre noctámbulo a voz en cuello, acompañaba estentóreamente el estribillo de una canción interpretada por una sugestiva francesa vestida someramente.

—Un taponazo de champaña… fué lo que creyó la portera y los demás que oyeron la detonación. Supongo he olvidado decirte que los dragadores del Támesis siguen buscando el cuerpo de Norah.

Cecil Morley escanció el líquido burbujeante, y Judith Dorn asió la copa con mano firme.

—Norah anunció por escrito al inspector Morley, que después del asesinato de Parks, sólo le quedaba el recurso de matarse.

—Es… espantoso…

—Lo sería si Norah se hubiera ahogado, pero está viva y en sitio seguro.

—¿Cómo… puedes saberlo? Si ella no se hubiera ahogado, tú la habrías detenido.

—Gracias por recordarme cuál es mi deber. El tuyo sería llorar, al haberme oído decir que tu hija estaba siendo objeto de la búsqueda de los dragadores del Támesis, y de la policía. Por cierto, empezó la investigación el inspector Warwick, pero hace unas seis horas me ordenaron seguir con las pesquisas. Recuerdo que aquella noche de marzo en que me dijiste que Norah no era mi hija, tus pupilas hubieran inspirado a un pintor la imagen de la quintaesencia de la maldad. Aquella noche, sólo me inspiraron miedo, repugnancia y pena, porque oía derrumbarse en mi interior el castillo de mis ilusiones.

—Hablas como un poeta triste, Cecil —rió ella.

—El champaña te devuelve a tu natural execrable, querida.

—No soy hipócrita, Cecil. Tú lo fuiste, porque conseguiste el divorcio y me hiciste firmar el convenio de una pensión mensual, en evitación de que tus colegas supieran que eras un ridículo…

Cecil Morley, en pie ante ella, permaneció impasible, pero su diestra se movió rápidamente.

La cabeza de Judith Dorn fué de derecha a izquierda, siguiendo el impulso de las rápidas bofetadas… Bofetadas sin contundencia, simplemente ofensivas por su empuje como abanicazos desdeñosos.

—Lo siento, querida, enormemente y con sinceridad, porque de nuevo he tenido que tocar tu piel. Estábamos diciendo, que aquella noche hubieras inspirado a un pintor. Esta tarde un pintor se fijó en ti. Mejor dicho en tus pupilas. Tú no conocías a Edwin Parks, ¿verdad? Ni siquiera sabes dónde está su domicilio, ¿verdad? Ni has visto a tu hija, desde aquella noche de marzo, en que me limite a estrujar una copa entre mis dedos, ¿verdad?

Ella, con las manos sobre las mejillas ardorosas y a la vez lívidas, miraba con temor rencoroso, al que esbozó una sonrisa cruelmente insinuante…

—Podías contestar negativamente, querida. Estamos solos. Creo haber echado un vistazo al historial de Edwin Parks. Hace tres meses estaba en París. ¿Era en París donde estabas tú hace tres meses? Creo que sí. ¿Y esta tarde, de tres y media a cuatro y media, dónde estabas, querida?

—A las cuatro y media, salí del número dieciséis de Beaufort en Chelsea. Había estado unos instantes en la planta baja, no acabándome de decidir… a subir. No subí.

—Bien hecho. Te hubiera, desagradado encontrarte con Norah. ¡Santo Cielo! Es tarde ya… Y en tu grata compañía, el tiempo pasa veloz, y deseo que tus invitantes sean siempre tan generosos contigo, y tan poco exigentes.

—¡Cecil! —gritó ella, levantándose.

Ya cerca de la puerta, Cecil Morley se volvió sonriente. Una sonrisa helada, despreciativa.

—Ignoro las costumbres de este templo de arte, Judith. ¿Es poco un billete de diez libras? Me figuré ser espléndido, porque tenía entendido que aquí la tarifa del champaña en compañía, era relativamente…

—¡Yo no estuve en el piso de Edwin!

—Ni yo he insinuado tal posibilidad, querida. Pero creo que antes aludí a mi recóndita capacidad para si se me antojara ser un delincuente hábil. Por esta misma capacidad, creo, Judith Dorn, que puedo jurarte que irás al patíbulo.

—¡Yo no maté a Edwin!

—Sabré demostrar que disparaste, y pretendiste encubrir tu asesinato con un chantaje sentimental. Adivino que así sucedió… Por favor, no me digas cómo sucedió. Es uno de mis predilectos placeres adivinar… El jurado es implacable ante una perversa madre, que prefiere que su hija se ahogue, por un crimen que otra cometió… porque tú mataste a Parks…

—¡Te juro que no fui yo! ¡Te juro…!

—Un amor eterno. Ya lo sé, querida. Y por esto sería incapaz de poner en duda la inmensa sinceridad de tu juramento. Me place poder proporcionarte consejos dimanantes de mi profesión. Si pretendieras abandonar Londres antes de terminar tu contrato, el jurado lo estimaría una tácita confesión de tu crimen.

—Yo no maté… Y yo diré que te tenía miedo…

—Querida, no seas histérica. Ten el buen gusto de reconocer que yo fui un marido cobarde, que he estado pagándote una pensión mensual, con tal de nunca más volver a verte. Y ahora te he invitado a dos espumosos, tarifa máxima del local.

—Yo diré que tú… me has amenazado con embarullar las cosas para hacerme aparecer como autora de la muerte de Edwin.

—Tu defecto ha sido siempre decir las verdades, mucho después. Una agravante ante la Ley. Tu deber era acudir a la policía a las cuatro y media.

—No podía acusar a mi… hija.

La diestra de Morley volvió a actuar tan inesperada como rápidamente. Ella retrocedió…

—El jurado será muy sensible a esta declaración materna. Yo te aconsejaría huir, Judith.

—Si… huyo, me acusarían…

—Me refería al Támesis, querida. Es hondo, y concede reposo definitivo. Adiós.

Cecil Morley abrió la puerta, cerrándola suavemente. A la acomodadora que esperaba al final del corredor, le sonrió amablemente, entregándole un billete de libra.

—Para usted, señorita. Y le ruego no me olvide. Tal vez sea llamada, a declarar como testigo. He pretendido hacer entrar en razón a Judith, pero es una mujerzuela terca, y exige le presente pruebas. Naturalmente es mi deber, puesto que soy el inspector Morley, de Scotland Yard. Creo que obtendré las pruebas pronto. Y preferiría que no comentara con nadie, y menos con Judith, que mis pesquisas están próximas a su término en la investigación sobre el asesinato de un bailarín llamado Edwin Parks. Todo acusa a Judith, pero la ley es la Ley. Tengo que aportar las pruebas, ya que ella no quiere acogerse al beneficio de una confesión. No debe usted mirarme tan asustada, señorita.

Al otro extremo del corredor, Judith Dorn, abandonando precipitadamente el palco, bajaba las escaleras por el sitio opuesto, al que Cecil Morley dando un toquecito amistoso en la mejilla de la acomodadora, añadía:

—Sea discreta. No es forzoso, pero puede intentarlo. Adiós.

En la calle, un agente, obedeciendo instrucciones de Morley, seguía a Judith Dorn, que parecía huir de algo fantasmal…

Y la acomodadora, después de exigir promesa de discreción, fué revelando a todas las artistas del
«Ero's»,
que Judith estaba acusada de ser la autora de un crimen.

En los comentarios sobresalía la imparcialidad del guapo inspector que ofrecía a la autora del asesinato, la posibilidad de atenuar su castigo con una confesión.

Cecil Morley, para cuantos pasaban por su lado, era un noctámbulo más. Aquel rostro impávido nunca había revelado ningún sentimiento, a partir de cierta, borrascosa, noche de marzo.

* * *

A las tres de la madrugada, en un buzón especial de Scotland Yard llamado «Venecia» por los componentes de la institución anticriminal, una mano enguantada dejaba caer un sobre.

El buzón estaba colocado en sitio que permitiera; conservar su anónimo a los denunciantes.

Llevaba destinatario:

«Entregar al inspector Cecil Morley».

En lápiz rojo, en su esquina:

«URGENTE».

La recogida se efectuaba cada hora. Y pasadas las cuatro de la madrugada en su domicilio, el inspector Morley, en batín, recogía de manos del agente el sobre, que rasgó.

—Gracias, Green. Puede retirarse.

En su alcoba, leyó Morley sin curiosidad, con indiferencia:

> «Es conveniente hacer saber al inspector Morley, que su hija Norah, está escondida en una casa de Whitechappel, sastrería de Reuben Holigan, cuyo hijo Harry, es el gorrión del Támesis que esta tarde ha asesinado al marinero hindú.
>
> »Un gorrión que no quiere seguir siéndolo».

Capítulo VII

Norah Morley, a medida que el sueño reposaba su cuerpo y devolvía a su espíritu la facultad de razonar, fué comprendiendo sin despertar del todo, que renunciaba a morir, porque tenía un deber de gratitud hacia el hombre que la sacó del horrible mundo de pesadilla regido por Igor Bokiss.

Y cuando reposada, se incorporó en la cama, había llegado a una conclusión: Harry Holigan no sabía diferenciar el mal del bien. Había matado a un policía, y creía no haber realizado una acción punible, sino un mero acto defensivo.

Porque los rasgos faciales de Harry Holigan no mostraban el menor estigma de maldad, sino una absoluta sinceridad en sus equivocados conceptos.

Ella debía regenerar a aquel mozallón simpático. Lo tenía muy decidido cuando, tras arreglarse en el diminuto lavabo, fué a tocar en la puerta de la habitación, cerrada desde fuera.

Esperó unos instantes, y la puerta se abrió, apareciendo Harry Holigan con una bandeja.

—El desayuno para la señora está echando humo. Un desayuno especial, porque son cerca de las tres… Sí, has estado durmiendo mucho, y buena falta te hacía. Siéntate, y reconforta el ánimo, que te quedará nuevo, tan pronto mastiques y bebas. Mientras, yo te hablaré.

Sentándose, ella dijo sonriente, con melancolía:

—Hablándome me impediste pensar en todo lo horroroso.

—Soy así. Cuando mi viejo se preocupa, le demuestro que nada tiene importancia, si se hace con buen fin.

—Harry… No quiero que te enojes conmigo, pero debo decirte unas cuantas cosas.

—No puedo enojarme contigo, pero habla entre bocado y bocado.

—Tú has matado a un hombre, Harry.

—Pero ya te expliqué cómo fué la cosa, chiquilla. Si no le doy, nos hubiera cogido a todos los gorriones. Igor Bokiss ya me lo advirtió, y yo…

—¿No te ha parecido extraño que Bokiss accediera a dejarme con vida?

—Sabe que tú no eres desleal, y que me prometiste no escapar.

—Pero si Bokiss te envió a… enfrentarte con el policía que mataste, ¿iba a tener escrúpulos conmigo?

—Ya que los mientas, claro que resulta un poco raro. Pero es que tienes cara de ángel, y él creerá que puedes ser una magnífica gorriona. Vaya… Se ve que eres la hija de un gato. Ves misterios donde no los hay.

—¿Misterios? ¿Por qué no quiere él que os acerquéis, y tiene dispuesta una corriente de alta tensión? ¿Por qué lleva un disfraz?

Los ojos de Harry Holigan adquirieron una expresión admirativa.

—¿Te diste cuenta también?

—Los lentes negros, el abrigo con rellenos, la peluca de calvo, y hasta su mismo zapato de suela gruesa. ¿Cómo le conociste?

—Una vez en que Stany Stevens estaba en apuros, y le ayudé a escapar, Stany me llevó a la sala de los gorriones, y me puso a prueba Bokiss… Yo sólo hace un mes que estoy con los gorriones. Lo cierto es que Bokiss parece muy enterado de todo lo que pasa entre los gatos. Y no creas que muchas veces no he tenido ganas de ver si le veía la verdadera cara, pero estaba la barrera de alta tensión.

—Ahora, la policía te estará buscando, Harry.

—Bueno, pero no me encontrarán, ni a ti tampoco. Estoy bien considerado en el barrio. Esto fué lo que decidió a Bokiss a enrolarme. Nos paga bien y ha dispuesto que seamos ricos, si no gastamos, lo que nos va dando. Tiene talento, y cada golpe dado por los gorriones, ha producido mucho. Sabe Bokiss elegir al marinero que lleva buen botín, y ahora estoy esperando a Stevens, que me traerá papeles para ti, pero lo mejor será que no salgas de este cuarto.

—¿Has leído los periódicos? —preguntó ella, vacilante.

—Mi viejo, sí. A mí me aburre leer lo que ya me sé.

—¿Qué dicen del policía hindú?

—Dicen que la policía tiene una pista segura, y eso lo dicen siempre —rió, eufórico, Harry Holigan.

—También… hablarán de Edwin Parks.

—Muy poco. Tan sólo que están buscando a una mujer que llevaba un gorro y una capa de piel de leopardo.

Norah Morley se estremeció convulsivamente.

—No te inquietes, Norah. Hiciste bien en tirar el gorro y la piel ésa. Si quieres, te traeré los periódicos esta noche.

—Sí. Me gustaría…

—Si necesitas algo, llama. Tengo que ir a esperar a Stany.

Harry Holigan cerró por fuera, y en la trastienda, recogió los periódicos que no querían dar a leer a Norah Morley.

Uno de los titulares decía:

«*UN ANTIGUO ASUNTO CRIMINAL QUE RESURGE*».
«EN POBLAR, EN EL SECTOR DERRUIDO, UNA EXPLOSION CAUSA VICTIMAS».

«Ampliando las noticias referentes al asesinato de un marinero hindú, víctima de uno de los maleantes apodados “Gorriones del Támesis”, la policía, en su persecución cercó el sector de escombros y refugios en ruinas, del Sur de Bromley. Hacia la medianoche, una violenta explosión que se supone debida a algún artefacto bélico que no estalló en su día, produjo una inundación subterránea, al romper el gran colector. La policía está indagando la posibilidad de que sean los maleantes apodados “gorriones”, los que aparecieron esta madrugada ahogados en uno de los pozos, en número de cinco: dos mujeres adolescentes y tres hombres, cuya identidad la policía mantiene en el más estricto secreto».

Harry Holigan miró a Reuben Holigan, que entrando, vino a sentarse al fondo, sobre un cofre.

—Eran seis los otros gorriones, Harry, sin contarte a ti ni a Bokiss. Y han aparecido cinco. ¿Crees que Bokiss los hizo suprimir, o que sea un accidente?

—Puedo engañarme, patrón, pero me parece cosa planeada entre Bokiss y Stany Stevens. Éste tiene la plena confianza de Bokiss.

—Pero Stevens debía venir esta mañana, según me dijiste.

—Puede ser una de las víctimas, aunque lo dudo. Caben dos posibilidades. Bokiss sabe ya que Scotland le ronda muy de cerca, y decide terminar con todos, pero uno escapa. O bien, Stevens engaña, a los otros cinco, para quedarse con sus «ahorros». Es una mala bestia Stevens.

—Si Bokiss hubiera decidido terminar con vosotros, ¿estarías tú aquí, con la hija del inspector Morley?

—Éste es el punto raro. Yo, ayer noche estaba muy dispuesto a hacerle creer a Bokiss que, si lo mandaba, ahogaría a Norah, para acabar de ganarme su confianza. Y nos dio escape por otro camino, que el que emplearon los otros cinco conducidos por Stevens. Y ahora sólo tengo un contacto con Bokiss, y es el único gorrión superviviente.

—Los cinco muertos pueden ser otras personas, ya que a veces, por la noche, algunos juerguistas bebidos se han extraviado por aquel sector.

—Si así fuera, la policía hubiera revelado su identidad. Si dentro de media hora no ha venido Stevens, iré a enterarme de su paradero. De cuatro a siete, trabaja como camarero en Stepney.

A las cuatro y cinco minutos, Harry Holigan abandonaba la sastrería de Whitechappel.

Atravesaba la Commercial Road, cuando tuvo el presentimiento de que alguien le seguía. Se detuvo ante un escaparate, fingiendo contemplar las supuestas antigüedades que contenía.

A su lado, un hombre se detuvo también. Era alto y de rostro blanco, hermoso, impasible.

Harry Holigan reanudó su camino, pero no dirigiéndose ya hacia el bar donde pensaba encontrar o adquirir noticias de Stany Stevens.

Giró una esquina, y se paró. Apareció el elegante sujeto de rostro estatuario, cuyos negros ojos miraron indiferentes, al que le interceptaba el paso.

—¿Tiene fuego, amigo? —inquirió Holigan, presentando su cigarrillo.

—Una demanda usualmente hecha cuando la noche ayuda, pero hay mucha claridad, Harry Holigan —dijo Cecil Morley.

—Tanto gusto, amigo. ¿Y quién demonios es usted? ¿Por qué me sigue?

—Si usted conociera un sitio tranquilo y discreto donde pudiéramos conversar, sin llamar la atención, creo que ambos saldríamos beneficiados.

—Con intentarlo, nada perdemos… si no lleva usted trastienda. Nunca me han gustado los que siguen a desconocidos.

—No me es desconocido, Holigan, puesto que esperé pacientemente que saliera usted de la sastrería.

—Podemos tratar de conversar en el «Regium», una taberna que no está lejos. Conozco al dueño, y me dejará una sala que tiene una gran ventaja. Ya se la diré, amigo.

Harry Holigan alargó el paso, y Cecil Morley le siguió. Caminaron por entre el numeroso tráfico que se apiñaba en las callejas, hasta que Holigan penetró en uno de los tantos disimulados garitos de Stepney.

No pasó a la sala central, sino que subió unas escaleras, tras cambiar una señal de inteligencia con un robusto sujeto en mangas de camisa.

El corredor era original, porque lo formaban a cada lado, hacinamientos de barriles. Harry Holigan lo atravesó hasta bajar otras escaleras y entró en un compartimiento que olía a mosto fermentado.

Se sentó sobre un barril en pie, señalando otro frente a él. Cecil Morley cerró a sus espaldas la puertecita, y vino a reclinarse contra el asiento-tonel.

—La ventaja de esta sala, es que entrando por donde entramos, puedo salir por donde me sé. Usted dice que me esperó con paciencia. ¿Qué desea, o quién le envía?

—Supongamos que le contesto que me envía un gorrión.

Harry Holigan rió jovialmente, dándose una palmada en el

muslo que mantenía en alto, con un pie sobre el círculo del barril lleno.

—Yo le contestaría que gorrión o ruiseñor, desde que le olí, me pareció usted pájaro.

—Los gorriones sólo temen a los gatos, Holigan.

—Dentro de una jaula, si sólo tiene una puerta. Aquí hay varias, gorrión o gato.

Cecil Morley introdujo la diestra en el bolsillo de su bien cortada chaqueta. Harry Holigan no se movió, pero su atlético cuerpo se contrajo como disponiéndose a saltar.

Cecil Morley sacó un papel doblado. Invitó:

—Lea, Holigan.

—No sé leer, porque sólo me enseñaron a escribir. Un truco pasado de moda. Mientras leyera, no le vería bien, amigo.

Cecil Morley desdobló el papel, y con voz precisa, sin modulación, leyó:

—«Es conveniente hacer saber al inspector Morley, que su hija Norah, está escondida en una casa de Whitechappel, sastrería de Reuben Holigan, cuyo hijo Harry, es el gorrión del Támesis que esta tarde ha asesinado al marinero hindú». La firma dice: «Un gorrión que no quiere seguir siéndolo». Esta comunicación anónima, contenida en un sobre que me fué entregado sin abrir, la leí a las cuatro de la madrugada.

—No me diga… —canturreó, con sarcasmo, Holigan—. Otro truco muy pasado. Usted mismo escribe esto, para que yo me lo crea.

—Le quiero suponer apto para pensar con inteligencia, Holigan. Si yo llevase trastienda, hubiera acudido con dos agentes, y entrado en la sastrería. Me limité a indagar muy particularmente, si los dos inspectores encargados de dilucidar el problema presentado por la organización de gorriones, habían recibido una denuncia anónima semejante a ésta. Sólo me fué comunicado a mí. ¿Una atención del delator, para que fuera yo a detener a Norah?

—Me deja usted algo asombrado, inspector Morley.

El pétreo rostro del policía no demostró la menor ironía al replicar:

—Puede que usted sea el que me proporcione la última sorpresa, Harry Holigan. De momento, ¿puedo aspirar a saber por qué

concedió a Norah un refugio en casa de Reuben Holigan?

—Lamento participarle que su hija le tiene miedo, inspector, y, posiblemente, de haberla usted tratado con cariño, ella no hubiera buscado la solución a su tragedia en el Támesis.

—Una lección de educación paterna, en labios del asesino de un marinero hindú que pertenecía a una rama especial de la policía, no deja de tener elocuencia. Puedo equivocarme, Holigan, pero usted no es tan obtuso como pretende aparentar. Intente convencer a Norah, y no es preciso cite esta conversación, que las pesquisas sobre la muerte de Edwin Parks, conducen a demostrar que ella no mató.

Harry Holigan entornó unos instantes los párpados.

—Sigue usted sorprendiéndome, señor inspector. Norah mató, y tenía una razón muy digna de indulto. Parks era un canalla, que engañó con promesa de boda.

—Sabe usted más intimidades de Norah, que yo mismo.

—Y de ello échese usted la culpa… aunque ahora, parece convertirse en hombre de bien, inspector. No se ría, por favor…

Los ojos de Holigan eran amenazadores. El inspector Morley se limitó a arquear una ceja, replicando:

—No es necesario que le jure que hace tiempo que la risa acude con mucha dificultad a mi garganta. Me agradaría oírle expresar su concepto del hombre de bien.

—Sería odioso que usted… detuviera a Norah.

—Insisto en que las pesquisas tienden a demostrar que ella no mato. Intentaré explicárselo con un ejemplo muy personal. En estos instantes, privadamente, le indico que si yo llevase la investigación acerca de los gorriones, atendiendo a esta denuncia escrita, hubiese registrado la sastrería. Pero no lo hice, y sí en cambio, le digo que todo le acusa a usted de ser el autor del asesinato del hindú. Si usted disparase contra mí, o emplease un puñal, con ello demostraría su culpabilidad, puesto que siendo inocente, no tendría por qué intentar eliminarme; ¿sigue mi razonamiento?

—Letra por letra.

—Mis pesquisas sobre la muerte de Parks, tienden a demostrar que fué asesinado por una mujer que cubría sus cabellos con un gorro de piel de leopardo, y sus hombros con idéntica piel. Visité a dicha mujer, y le participé que mis sospechas eran hondas contra

ella. Le supliqué una confesión, pero ella se negó. Se marchó a su alojamiento, y redujo a cenizas el gorro y el bolero de piel de leopardo, escondiendo también determinadas cartas y páginas arrancadas de un diario. Esto es casi acusarse, pero no basta. Falta un detalle final. Como si dijéramos la pincelada de firma, la rúbrica. Este mediodía pude telefonear a dicha mujer, comunicándole que sus dos acciones habían sido avistadas en contra de su voluntad. Le dije que fui yo, aunque fué un agente a mis órdenes, que estaba en observatorio seguro, y cuya única misión consistía en esto: Mirar. Y siguió mirando cuando ella, al yo cortar la comunicación corrió al escondite de cartas y páginas de diario. Respiró al encontrarlas, y pasó al cuarto de baño, momento que aprovechó mi observador, con sigilo de experiencia al servicio de la Ley, para apoderarse de cartas y páginas de diario. Se marchó, terminada su misión, y ha venido a entregarme una prueba más. Telefoneé de nuevo a la mujer, comunicándole que esperaría su confesión, hasta las seis de esta tarde.

—Y espera usted que antes de las seis, la mujer dispare contra usted. La rúbrica… Algo especial, ¿no inspector Morley? Sería mejor que esta conversación la sostuviera con su propia hija.

—Estimado joven Holigan… Le juzgo mucho más capacitado que yo, para obtener una confesión plena de su protegida. Y ahora, mi última advertencia, y no se sorprenda. Si yo hacia las seis de esta tarde, paso a mejor mundo, en mi nombre… pídale perdón a Norah Morley.

Harry Holigan abandonó su postura desdeñosa. Bajó del barril, y en pie, miró por unos instantes con extrañeza profunda, al que impasible prosiguió:

—Posiblemente, la detención de Judith Dorn como consecuencia de mi muerte, revelará un secreto que hubiese preferido permaneciera oculto, pero que permitirá tal vez a Norah… perdonar mi crimen. Durante diecisiete años he llevado encima un odio desplazado, injusto, pero que no supe vencer. Le di a Norah mi apellido, y cuanto precisaba… menos calor de cariño. Éste ha sido mi crimen, y debo pagar a mi modo…

Cecil Morley se pasó un índice por los delgados labios en sentido horizontal, dubitativo.

—Ella no hubiera buscado refugio en el Támesis, si yo no

hubiera sido el inexorable inspector Morley y por último, Holigan… Si acaso Judith Dorn intenta eliminarme, por odio exacerbado, y lo consigue, tal vez los inspectores Finlayson y Warwick, reciban una denuncia semejante a ésta. Resulta extraño que el delator, se dirigiera a mi, ¿verdad? Y más teniendo en cuenta que cinco gorriones perecieron ahogados al estallar el gran colector.

—Quedan tres. El más reciente, yo. El más antiguo, el jefe de la banda, que se hace llamar Igor Bokiss… y otro que suele servir como camarero aquí.

—No es investigación a mi cargo, Holigan. No obstante, confieso que me produjo cierto alivio, verle surgir de una boca de alcantarilla, en la zona fuera del sector peligroso, en compañía de Norah, esta medianoche. No quiero envanecerme de poseer dotes milagreras. Yo poseía un plano que mis colegas Warwick y Finlayson enviaron a buscar algo tardíamente. Y estipulé que de existir una salida segura, no estaría en el sector considerado peligroso. Esto me permitió, fuera de servicio, y en paseo meditativo, ver surgir con vida a Norah Morley.

—Su hija Norah, señor. Su hija… ya que es ella por completo inocente de que usted eligiera mal su esposa, señor. Lo siento, pero ésta es mi opinión. Si el día de mañana, Norah se casara con un hombre de bien, éste tendría a orgullo llamar hija al fruto del engaño de un canalla.

—Porque Norah inspira cariño…, pero yo rebosé odio. En fin, joven Holigan, hemos sostenido una charla en mutuo beneficio. Creo que una de las sugerencias que se desprenden de ella, será la de que cambie usted de refugio, mientras no quede bien en claro la culpabilidad de Judith Dorn… y la de usted. Me agradaría que a su debido tiempo, sepa Norah Morley que con esta charla, en parte, he pagado algo de mi culpa…, porque es difícil dejar de ser el inexorable inspector Morley.

—¿Tiene inconveniente en entregarme esa denuncia?

—No puedo. Lleva mi nombre, y me pertenece. La encontrarán en mi bolsillo, si como espero Judith Dorn… acude a mi cita. Buenas tardes, joven Holigan.

—Un momento, por favor.

Se interpuso ante la puerta Harry Holigan.

—No creo que tengamos más que añadir, joven Holigan.

—Mucho… Usted sabe dónde está Norah. Debe ir.

—Llevo la investigación concerniente al asesinato de Edwin Parks, y oficialmente, si viera a Norah Morley, mi deber sería detenerla, porque todo la acusa con evidencia… salvo si Judith Dorn acude a mi cita.

—¡Por todos los condenados tercos gatos! ¿Es que… conmigo sabe ser humano… y no sabrá serlo con Norah? —Tembló la voz de Holigan.

—Le delego mi representación, Harry Holigan, Y ahora le ruego se aparte, porque hemos terminado de hablar.

Había algo sobrehumano, impresionante, en la frígida decisión de Cecil Morley, que hizo apartarse a Harry Holigan.

Instantes después, reaccionó el joven, pero contuvo su impulso. Había comprendido… Cecil Morley seguía creyendo que Norah mató a Parks, pero se ofrecía como «prueba» final, que demostrara la culpabilidad de Judith Dorn.

Trató de recordar que su personal interés estaba en averiguar cuál era el gorrión superviviente…

Subió las escaleras, y en el corredor, repicó sobre un marco cerrado. Tardaron en abrirlo desde el interior.

La colorada faz del dueño del «Regium», se mostró.

—Quiero hablar con Stany, pero no le diga que soy yo quien le llama, salvo si me vió entrar.

—No te vió, Harry. Estaba en la sala de «*póker*».

—Dígale que un mensaje urgente le espera en la salita de abajo.

—Lo haré, sin citarte, Harry.

Harry Holigan regresó a la sala donde había oído las extrañas revelaciones de Cecil Morley.

Dejó solo encendida la luz del fondo, entre barriles. La puerta se abrió, y Stany Stevens, al ver surgir de entre dos altos toneles, a Harry Holigan, dilató los ojos, y reprimió una exclamación…

—Hola, chivato. ¿Arreglamos cuentas, chivato?

Y Harry Holigan cerró la puerta de un puntapié, mientras Stany Stevens, que había saltando a un costado extraía en veloz manotazo de su bolsillo, un cuchillo de muelles, que produjo un chirrido ominoso al soltar la hoja ancha y de punta triangular…

CAPÍTULO VIII

Eran las cinco en punto, cuando Cecil Morley, como había convenido por teléfono, se paseaba como un ocioso elegante en busca de la aventura por la alameda de Green Park, llamada de los surtidores.

El crepúsculo daba hermosos matices a los caprichosos impulsos líquidos de truncada verticalidad. Empezaban a acudir parejas anhelantes de beneficiarse de la primavera y el horario de cierre de verjas, que se verificaba a las siete.

Eran las cinco y ocho minutos, cuando Judith Dorn desembocó por el otro extremo de la alameda de los surtidores.

Iba sobriamente vestida de gris obscuro, destacándose sólo el toque granate de sus sandalias de alto tacón, y el trenzado del ajustado turbante, del que pendía un velo cuyo ras rozaba los sensuales labios.

Una hermosa mujer, sazonada, poco inglesa, exótica y fascinante, pensó un estudiante, que pasando a su lado olvidó por un momento a su puro amor.

Se reprochó, alejándose, aquel ramalazo turbador.

Judith Dorn se sentó en uno de los rústicos bancos, cruzó las piernas, y aguardó. Prefería no mirar al que se acercaba, porque temía que sus pupilas revelaran su intenso odio…

—Buenas tardes, querida. Elegí este sitio, porque aquí te conocí. Estabas leyendo, y se te cayó el libro. Lo recogí, y me sonreíste. Yo, poco experto, creo que balbucí algo acerca del espléndido tiempo que hacía. Nos reímos, porque casi al instante las nubes descargaron. Te ofrecí mi impermeable, y así empezó… Lástima que el epílogo sea menos romántico.

—Hablas tan dulcemente que me haces concebir esperanzas,

Cecil —murmuró ella, enronquecida la voz—. Pero debo recordar yo también hechos más recientes. Te dejé charlando con la acomodadora, y me cercioré de que no me seguías, o al menos así lo creí. Tampoco pude imaginar que mientras me telefoneabas estabas tan cerca que… te apoderaste de unas cartas.

—Unas cartas con una etiqueta que lleva tu nombre. Inflamadas de pasión hacia el joven Parks. Y las páginas del diario, querida… Cuando las lea el tribunal, no sentirá compasión por Parks, pero en cambio, rebosará de justiciero rencor, contra ti, querida. Parks se jacta de haberte hecho saber que ha conocido a Norah la cual para él, es una delicia que le compensa de tu febril vesania. Y en su última página alude a que te ha hecho saber que aquella tarde, entre tres y media y cinco, recibirá a Norah. Tu defensor tal vez esgrima un argumento que supondrá sensacional: la madre acudiendo a matar al que mancilla el honor de su hija… La lástima es que el fiscal aplastará esta tesis con suma facilidad. Una madre que permanece tantos años sin demostrar el menor interés por su hija, y que aparece de pronto, surgiendo del dieciséis Beaufort Street, donde reside el que fué su amante… Y que reduce a cenizas pieles de leopardo, carísimas, hecho que testificaré, y que arranca páginas de un diario íntimo, que presentaré tan pronto a las seis nos despidamos, si no consientes en confesar que tú disparaste…

—Sabes muy bien que fué Norah la fue disparó.

—Ella llevó mi pistola, dispuesta a matar, pero Parks supo desarmarla. Tú te presentaste, y en tu «vesania celosa» —palabras escritas por Parks— disparaste. Después… fué fácil convencer a una niña, destrozadas sus ilusiones, de que tú la defendiste, de que tú te sacrificaste siempre, inventando contra mí lo que se te ocurrió. Es como si viera lo que allí sucedió.

—Fué Norah la que disparó, cuando Parks me insultó…

—Yo no soy el jurado, querida. Yo me he limitado a acumular las pruebas contra ti.

—Norah dirá la verdad.

—Lamento participarte que, desgraciadamente, no puedes contar con el falso testimonio de una hija enloquecida. Del Támesis la sacó un maleante perseguido por Scotland. Y ella debió horrorizarse en aquella compañía. Lo cierto es que han detenido al maleante, y Norah está en el depósito. Otro testimonio que te hará

repulsiva a los ojos del jurado, Judith. Permitiste que tu hija se diera muerte. En fin, querida, el último placer que me darás, será verte ejecutar el último baile al extremo de una soga. Vi una vez a una envenenadora colgar del cáñamo… Era hermosa, y estaba horrible cuando gritaba subiendo al patíbulo.

—No lo lograrás, Cecil; no lo lograrás… Pretendes enloquecerme, sacarme de quicio…

—No, querida. Pretendo favorecerte. Una simple confesión ante la policía, es atenuante. Casi supone que evites la horca.

—Voy a ir… Diré cuanto hemos hablado. Explicaré los motivos de tu odio, y por qué quieres que yo sea acusada…

—¿Yo? No, querida. Las pruebas. Tu reducción a cenizas de unas pieles valiosas, si eran legítimas. Estas cartas y páginas de diario…



Irás al patíbulo, querida

Se tocó Morley el costado izquierdo.

—Tu retraimiento en presentarte a la policía, admitiendo que estuviste en el piso de Parks. Tu execrable modo de abusar de la credulidad de una niña, que se ahogó, no por haber disparado, sino por vergüenza doble: la suya íntima, y la nueva que suponía saberte su madre. Una madre que estaba en Londres y visitaba a su amante,

antes que recordar que podía visitar a su hija. Repugnante, Judith.

—Yo no visitaba a Parks…

—En su piso, no. Ya lo dice el diario íntimo.

Volvió a tocarse Morley el costado izquierdo.

—Bajo nuestra muy fría apariencia, somos muy sentimentales los hombres de ley. Y más, cuando nos apoyamos en pruebas fehacientes.

—Norah fué la que disparó.

—Díselo así al «coroner», Judith. Dile que fué tu hija la que mató. Y que tú te limitaste a arrancar páginas de un diario, llevarte unas cartas, y reducir a cenizas prendas delatoras. Todo, para ayudar a tu hija. Noble actitud que sabrán apreciar los sentimentales y severos jueces.

—¿Por qué… no has entregado ya las cartas y las páginas del diario que arranqué?

—Hasta las seis, actúo extraoficialmente, Judith. Tengo también mi vesania… Verte temblar de miedo me reconforta, porque demuestra que eres capaz de un sentimiento humano, aunque sea el abyecto terror que te inspira la sombra de un nudo corredizo.

Las luces del parque se encendieron, muy espaciadas. En el rústico banco de la alameda de surtidores, reinaba la propicia sombra. La puritana capital era benévola con los enamorados… si éstos no abusaban del privilegio.

—A las seis visitaré a mi comisario. Me felicitará, reconociendo que para mí lo primero es el deber. Y como en otros casos, me pondrá de ejemplo a mis colegas, aludiendo a mis dotes de investigador solitario, que no precisa ayudantes, salvo en casos excepcionales. No lo era el tuyo, Judith, desde que hablé con el pintor Kemble al que citaré a las seis para que te reconozca e identifique. Simple rutina, porque bastará la aportación de mis pruebas.

—Dijiste anoche que todo estaba reducido a cenizas, Cecil.

—Pero no las aventaste, y el laboratorio sabrá reconstruirlas como restos calcinados de pieles legítimas o no, de leopardo.

—Aludía al pasado, Cecil. Yo entonces te causé daño…, pero hoy soy una desgraciada. Tú mismo lo comprobaste ayer noche…

—Rectifico. Lo comprobé esta madrugada, viéndote actuar en el tablado del

«Ero’s».

—Como venganza debe bastarte, Cecil. Voy rodando, dijiste.

—Prefiero oírte gritar subiendo los cinco peldaños del patíbulo, querida.

—No… es posible que puedas ser tan inhumano.

—No lo era, hasta cierta noche de marzo, querida.

—Han pasado muchos años.

—Casi los mismos que ha cumplido, la que hace poco sacaron del Támesis.

—Ella me dijo que tú la odiabas…

—Dios me perdonará, y debe ser infinita, su misericordia, si a ti te perdona también.

Ella estrechó contra su pecho los pliegues de la esclavina gris que hasta entonces llevaba colgante a la espalda.

—Yo sabré demostrar que tú… intentas hacer que me acusen de lo que no hice.

—Es lo natural, y la ley permite toda clase de mentiras, ateniéndose sólo a las pruebas materiales.

—¡Sabes que es verdad! ¡¡Yo no maté!!…

—Por favor, querida. Puedes alarmar al guardián… No anticipes la gritería hasta que subas los cinco peldaños. Ten calma. Vete a la comisaría más cercana, y confiesa.

—Les diré la verdad. Que no quise denunciar a mi hija.

—¿Quemando prendas delatoras? ¿Arrancando páginas de diario, y llevándote cartas? Debiste quemar también el papel… aunque yo te lo habría impedido. Y tu última posibilidad se esfumó con la muerte de Norah.

Ella agitó las manos sobre su pecho, bajo el vuelo de la esclavina.

—Voy a la comisaría más cercana, y explicaré detalladamente las dos conversaciones que hemos tenido.

—Intento legal, por mi parte, de obtener una confesión, ya que no en vano, estuvimos unidos brevemente por el lazo matrimonial. Y quise darte una oportunidad.

Ella en pie, fulgurantes los almendrados ojos, habló sibilante:

—¡No lo conseguirás, Cecil Morley, reptil inmundo!

Él la contemplaba, arqueadas las cejas, torcidos los delgados labios en cruel sonrisa.

—Un calificativo de verdulera, diosa caída del pedestal. Tienes aún tiempo, hasta las seis.

Ella titubeó unos instantes, y por fin, dando media vuelta se alejó.

Tras ella, Cecil Morley acomodaba su paso, manteniéndose a la misma distancia… Unos cinco pasos.

Y bajo un farol, al ella volverse, vió a cinco pasos al que alzando una mano, sonriente, mostró los dedos separados… Y los labios modularon:

—Cinco peldaños, querida…

Ella corrió, y llamó un «taxi», que viró desde su parada. Otro «taxi» describió la misma curva, llamado por Cecil Morley.

En el interior del suyo, dijo Judith Dorn:

—Charing *Cross*, pronto.

La estación de partida de numerosos trenes. Siempre concurrida, y propicia para, perderse entre la actividad de portadores, y el vaivén de viajeros.

Judith Dorn adquirió su billete: litera hasta término, Dover, el puerto al Sur, de arranque de los barcos continentales.

Miró repetidamente hacia atrás, mientras penetraba en el largo andén del tren de Dover. Ya tranquilizada, se sintió protegida contra la pesadilla, en aquel interior confortable.

Antes del amanecer estaría a bordo del barco francés. La puerta de su compartimiento emitió un ruido, porque desde fuera alguien accionaba el cerrojo.

Sólo los empleados tenían la llave…

Entró Cecil Morley, mostrando un llavero diminuto.

—Ganzúas al servicio de la Ley. Es mi deber anunciar, que tan pronto arranque el tren, te pondré las esposas, Judith Dorn.

Ella en pie, saltó hacia adelante, tras hundir la diestra en un bolsillo interior de su esclavina. La enloquecía la sonrisa cruel de los delgados labios, y el desdén que rezumaban los negros ojos aterciopelados del inspector Morley, que permaneció inmóvil, mientras la aguda hoja del acero, afiligranado estilete cortapapeles, bajaba veloz hacia su pecho.

CAPÍTULO IX

—Lo malo del cuchillo es que hay que acercarse, Stany Stevens. Y si te acercas, te deslomaré, porque te puedo y lo sabes. No lo tires, porque entonces, con las manos desnudas no me durarás un minuto. ¿Qué te creías? ¿Que ya estaba en la celda, chivato?

Stanley Stevens, agarrotados los músculos, y ceñudo, respiraba entrecortadamente.

Harry Holigan medio parapetado tras un barril, apoyó en él los dos brazos cruzados.

—Cierra el muelle, Stany. Vales mucho dinero, y no lo sabes. Estoy dispuesto a olvidar tu denuncia, si compartimos los beneficios. Sólo quedamos tres con vida: yo, tú y Bokiss.

Stanley Stevens avanzó un paso, siempre abierto el cuchillo empalmado… La luz homicida de sus ojos estaba matizada de cierto temor.

Harry Holigan apartó los codos de la tapa del barril, se agachó, y silabeó:

—El as de bastos.

Se detuvo Stevens, mirando la barra de hierro que esgrimía Holigan, de nuevo erguido.

—Lo que sirve para cerrar mejor que una cerradura una puerta, creo que servirá para aplastarte la dura cabeza, Stany. Palabra que te aplastaré la cabeza, si pretendes acercarte a mí o a la salida. Cierra el muelle, y enfunda el pincho en el bolsillo, y palabra que dejaré tranquilo el as de bastos, hasta que lleguemos a un acuerdo.

Por unos instantes, Stanley Stevens pareció meditar en la proposición, si bien sus ojos medían la largura de la barra de hierro. Un argumento convincente…

Chirrió el muelle, y la hoja, como un diente de escorpión,

regresó a su caparazón. El cerrado cuchillo desapareció en el bolsillo de Stevens, que permaneció con la mano dentro.

—Tú eres demasiado bestia para saber ponerme en manos de la policía. Si estoy aquí, no dudes que conseguí escapar. ¿Conque Bokiss quería liquidar la sociedad? ¿Y te hizo babear de gusto con la promesa de que los cinco cofres de Pat, Susan, Terry, Ronnie y Manners, serán tuyos además de una gratificación si los llevabas a pozo sin salida, que quedaría inundado? Ya había terminado la utilidad de los pobres gorriones. No podía Bokiss continuar el negocio. Y tú fuiste tan bestia, que no comprendiste que un cerdo como Bokiss, que te hace matar a tus compañeros, irá pensando que sólo tú le conoces. Y no tardarás en seguir el camino de Pat, Susan, Terry, Ronnie y Manners.

—Se ahogaron. Yo no los maté.

—Ya, ya… ¿Y a mí, venía a buscarme la policía para entregarme la medalla al mérito cívico, no, chivato?

—Dijo Bokiss que tú habías matado, y por eso debíamos terminar con la asociación. Que te había dejado salir con la chica, porque cuando la policía tuviera al que mató al hindú…

—Eres bestia de solemnidad, Stany. Como los demás gorriones, creíste que Bokiss os enviaba solamente a recoger billetes extranjeros. Yo también lo creía, pero el hindú, antes de morir, me aclaró que Bokiss con los billetes, recogía ciertos documentos muy importantes cada uno de los cuales por lo corto, los pagaría el Servicio Secreto, con un fortunón de cientos y miles. Pero Bokiss, no los ha vendido aún. Lo hará tan pronto te liquide, y se embolsará millones. Y ahora elige, Stany… El as de bastos, o millones a compartir. Yo como director, y tú como guía.

—No sé quién es Igor Bokiss.

—Con lo cual, en cualquier minuto, él puede liquidarte. ¿Te das cuenta de lo bestia que eres, Stany?

Stanley Stevens agachó la cabeza. Hacía vacilar su fe en Bokiss, ver que un hombre que debía estar en una celda de Scotland Yard, acariciaba una barra de hierro, demasiado larga y pesada contra un cuchillo…

—Esto de los documentos es un cuento, Holigan.

—Que me contó el hindú, cuando le hice creer que yo era de Scotland. Trata de entenderlo. Igor Bokiss tiene un informador en el

continente, y sabe cuándo un marinero, al recibir una buena cantidad, se compromete a entregar unos documentos a determinada persona. Bokiss envía antes a su gorriona. Nos echaba migajas de pan, y se quedaba con el festín.

—¿Qué documentos?

—El hindú me dijo que lo supo el Servicio Secreto muy tarde. Son planos de líneas defensivas organizadas en el continente, que agentes ingleses introducían en el tejido impermeable de la bolsa marinera. Planos de fábricas subterráneas. Listas de conspiradores. Y no han llegado a manos del Servicio Secreto, porque la gorriona que se interpuso, aleccionada por Bokiss, le parecía al marinero la persona que debía decirle la frase convenida. Muy ingenioso, si lo comprendes. Pero lo que comprenderás, es que ahora, Bokiss terminará contigo.

—Yo no le conozco, y por esto mismo, no tiene por qué matarme.

—¿Le conocían Pat, Susan, Terry, Ronnie y Manners?

—Me hubiese… matado ayer.

—Necesitaba que tú echases la denuncia, al buzón sucio. Y seguro que te aconsejó guantes. Es muy prudente. No le conoces, pero te habrá dado una cita.

—Sí… No, no me dió cita.

—A tu gusto, bestia. Me vas a hacer perder millones, y esto me subleva la sangre.

Harry Holigan abandonó su parapeto, tensa, la larga y pesada barra de hierro…

Retrocedió Stevens, hasta quedar contra un barril…

—Espera un momento, bestia —gruñó Stevens—. Hasta las seis menos cinco no tengo prisa. Después, sí, porque tengo que trasladar de escondite a Norah.

—Bokiss, al separarse, me dijo que esta tarde, a las siete y media me daría el billete para Norteamérica, con… mil libras.

—Prueba a ver qué te da.

—Me dijo que me recogería en un coche… junto al «Leather Inn».

—Un sitio ideal para liquidarte.

—No me iba a citar en Piccadilly.

—Si hubieras viajado como yo, te hablaría de un plato español,

llamado picadillo. Es pulpa de carne, lo que piensa hacer contigo Igor Bokiss. ¿El «Leather Inn», eh? Un páramo solitario, con la vieja posada sin techos, medio derrumbadas las paredes… Prueba a ver, si te da el billete y las mil libras. Pero si te hace picadillo, entonces yo le salto encima, y comparto con él los millones que representan los documentos que ha ido acumulando, hasta ayer, que ya juzgó inútil seguir exponiéndose. La policía le apretaba demasiado cerca.

—A las siete y media me recogerá en un coche, y me dará mil libras y el pasaje para América.

—Feliz viaje, bestia. Adiós.

—¿A dónde vas, Holigan?

—A cambiar de escondite, pero a las siete y media, me tendrás al alcance de la voz, si Bokiss, en vez de billetes te da estopa.

Yo… empiezo a tener mis dudas.

—Andando conmigo, las resuelves. Pero pasa delante.

—Si no te fías, ¿por qué voy a fiarme?

—Porque tú muerto no vales ni la mortaja. Vivo, repartiéndonos millones, cuando le aprietes el gaznate a Bokiss, sin exagerar. Y tienes mi palabra. No intervendré, si realmente te da el billete para América. Me bastará con montar atrás del coche, y dejarte a ti irte con mil libras, pero como me llamo Harry que te van a escabechar a la siete y media.

—Podemos ir juntos, ¿no?

—Tú delante hasta la calle, cariño.

Stanley Stevens abrió la puerta, y se revolvió fieramente al sentir sobre su hombro el toque de hierro.

—Cuchillo fuera, Stany. Será prueba de tu buena voluntad.

Dejó Stevens caer al suelo el abierto cuchillo, y a la vez, la barra chocó pesadamente en su caída…

—Andando, Stevens.

En la calle, la mano zurda de Holigan asió por el codo al que, a su lado, rezongó.

—Ya me parecía a mí, que Bokiss usaba muchas precauciones para ser uno como nosotros.

—Lo sabrás a las siete y media, Stany.

—Oye… Si un gato te reconoce…

—Me buscan muy lejos de estos barrios, Stany. ¿No te remuerde la conciencia, el haber liquidado a tus cinco compañeros?

—Soy bestia, pero no tanto, Harry. A mí me dijo Bokiss, que condujera a los cinco a un sitio, donde él les daría una gratificación, y que yo me fuera a esperarle en el cruce de Jonás. Luego me dijo que un horrible accidente había sepultado bajó el agua del gran colector a los cinco… Y que yo echase una carta que me dió, en el «Venecia», para que tú, asesino del hindú, pagases el haber comprometido a los gorriones. Que te detendrían, pero que no me delatarías a mí, porque tú no eras de los que delatan…

—Resulta asqueroso ver lo muy bestia que eres. Ibas a ser un gorrioncito desplumado a las siete y media, Stany.

—Los gatos pueden estar al acechó delante de la sastrería Harry.

—Te digo que me buscan al Este. Les di «cordilla». Esperarás abajo con el viejo, mientras yo procuro convencer a la chica de que le conviene salir de Inglaterra. Y cuando tengamos los millones, Stany, ¡qué bien vamos a vivir!

—Según… porque si Bokiss cumple… Bueno, empiezo a dudar ya de que no sea mucha verdad lo que me estás contando, Harry.

En la tienda, Reuben Holigan cosía un chaquetón en remiendo hábil.

—Stany te hará compañía, patrón. Bajo enseguida.

Y subió al piso alto.

Norah Morley miró las manos de Holigan, esperando ver en ellas los prometidos periódicos.

—Hemos de irnos a otra parte, Norah. A las seis, según… lo que pase, hay dos inspectores de policía que pueden enterarse de que tú y yo estamos aquí.

—Será mejor que tu padre no pague tus culpas, Harry.

—Eso es. Eres una chiquilla buena… ¿Por qué lloras ahora?

—No puedes siquiera entregarte, porque mataste a un policía, Harry. Y no sabrían comprender que no eres malo.

—Mientras lo comprendas tú, todo va bien. Mi viejo también lo comprende. Abajo me espera Stany Stevens. Tenemos un asunto pendiente, y no debes intervenir. Escucha, pero no hables. ¿Palabra?

Ella secó las lágrimas, porque la sonrisa de Harry Holigan era contagiosa, y parecía expresar un mundo de esperanza y optimismo. Susurró:

—No puede reprocharte nada, quien como yo, mató…

—Si voy al Continente, ¿vendrías conmigo, Norah?

—Iría contigo, Harry.

—Pero como Dios manda.

—Es triste… oírte, Harry. Invocas a Dios… tan sinceramente. Y… te persiguen por matar… Además, yo no puedo… ser ya la esposa de nadie. Pero si puedo redimirte… hacerte comprender la diferencia entre el bien y el mal…

—Lo lograrías, casándote conmigo.

—Pero… yo te tengo afecto, Harry…, pero no puedo querer a nadie, decentemente.

—A mí, sí. Y basta ya porque verte llorar me da mucha pena. Andando, chiquilla. Vamos a visitar un sitio solitario, donde terminará mi estancia en Inglaterra. Un sitio llamado «Leather Inn».

CAPÍTULO X

El comisario Shadwell miró a la mujer que, esposas en las muñecas, temblaba epilépticamente.

—El atestado queda firmado, Judith Dorn. El agente Greyson, cumpliendo órdenes, no podía intervenir. Sabía que el inspector Morley intentaba obtener su confesión. Usted añadió un segundo crimen…

—¡Yo no maté a Edwin Parks!…

—Si considera imprescindible el testigo visual como lo fué el agente Greyson, al irrumpir en el compartimiento, cuando usted apuñalaba al inspector Morley, le haré saber que obran en mi poder pruebas que en exceso, acumuló el inspector Morley, demostrando que fué usted quien disparó contra Parks. ¡Llévensela!

—¡Yo no maté a Edwin Parks!… —Iba gritando la que fué sacada, del despacho casi en vilo por dos agentes.

Shadwell se trasladó en coche oficial a la clínica donde había sido transportado Cecil Morley, después de la cura de urgencia en el departamento sanitario de la estación de Charing *Cross*.

Le recibió el director.

—No llegará al amanecer, señor comisario. Es inútil cuanto estamos haciendo. Las transfusiones de sangre, el suero, los drenajes contenedores… Fallan los recursos de la ciencia, cuando falla el principal elemento.

—¿Cuál?

—El deseo de vivir. El inspector Morley, en sus períodos de lucidez, está plenamente dispuesto a morir. ¿Cómo lo sé? Su herida es grave, pero no sería mortal, si instintivamente, existiera en el herido, el deseo de sobrevivir.

—Quisiera ver si es posible hablarle.

—Su cerebro es fuerte, tan fuerte que se impone a su corazón.

—Ésta es la tragedia del inspector Morley —comentó, sombríamente, el comisario.

En su bolsillo llevaba el sobre en el que estaba escrito, de puño y letra de Cecil Morley:

> «Al comisario Shadwell, en caso de mi muerte, respetuosamente, inspector Morley».

Lo había abierto…

Un médico acababa de inyectar en el brazo del yacente. Se encogió de hombros, como indicando que hacía todo lo posible…

Shadwell señaló la puerta. No estaba de humor cortés.

Se sentó junto a la cabecera, cuando hubo cerrado la puerta.

—¿Me puede oír, Morley?

La cabeza marmórea aún, se ladeó sobre la almohada. Las pestañas batieron.

—Judith Dorn irá a la horca, sin necesidad de que usted se muera, Morley. Ha confesado plenamente su anterior delito, al apuñalarle. Pero usted no puede… ser un cobarde. Usted tiene que cumplir un deber ineludible. Yo no puedo ordenarle nada… Es usted mismo quien ha de ordenarse el devolverle la fe en la vida a su hija Norah.

—Perdón si no puedo alzar mucho la voz, Shadwell. Pero es conversación privada —murmuraron los blancos labios—. Cuando usted lea lo que sucedió cierta noche…

Enmudeció Morley, cerrando los ojos. Pero «su cerebro se imponía a su corazón»…

Percibió algo increíble. El áspero e insensible comisario Shadwell, estaba dándole torpes palmadas sobre el dorso de la diestra.

—¿Vamos a dejar de ser estúpidos, sí o no, Morley? El matasanos asegura que usted puede vivir, si no se abandona… y usted tiene que vivir.

—¿Para qué y para quién?

—Para reparar su error… al odiar injustamente. Abrí la carta, porque el agente Greyson me dijo que usted había muerto. Norah

sabrá comprender… puesto que yo… le comprendo perfectamente, Morley. Yo que le acusé… fui un imbécil. Escuche, Morley, me conoce demasiado… Usted no me puede jugar esta mala partida. Yo no puedo atormentarme, pensando que mi mejor auxiliar, murió cobardemente, sin virilidad…, por no saber arrodillarse si es preciso, ante una chiquilla… ¿Vamos a dejar de ser estúpidos, sí o no, condenado testarudo?

—Norah… está en buenas manos. Un tal Harry Holigan… Un muchacho extraño, que figura como Hijo de Reuben Holigan… y éste perdió a su hijo en la guerra.

—Harry Preston es agente de la «Special Branch» del Servicio Secreto en el Continente. No revelé a ningún colega que el marinero hindú no fué apuñalado, sino en simulacro, porque Harry Preston tenía que ganarse la confianza de los «gorriones», hasta averiguar quién era el cabecilla, y existen sospechas de que pueda ser alguien de nosotros.

—Ya me pareció que Harry Holigan-Preston, me daría la última sorpresa. Conozco al criminal viéndolo… y él no era sino un alegre aventurero sirviendo un ideal. Lo celebro por Norah… Morley.

El malherido quedó inerte, en desmayo precursor de la muerte.

Shadwell llamó al médico que esperaba fuera.

—Haga lo que sea, pero este hombre ha de vivir, o declararé que todos ustedes son una banda de ineptos. Un hombre como el inspector Morley no puede morir, porque tiene la fortaleza de un tigre… Me ha estado hablando normalmente. No es ningún agonizante.

—Puedo intentar otra transfusión, pero si persiste el estado de inercia vital en…

—¡Al grano, Esculapio!

Quitándose el abrigo y la americana, el comisario Shadwell, empezó a arremangarse la camisa.

—No diga que mi sangre no sirve, porque tengo a orgullo asegurar que casi, casi, es tan buena como la del inspector Morley.

Cecil Morley impuso de nuevo su cerebro a su organismo…

Miró la redecilla de tubos, y contempló al que, temblándole el grueso mostacho, gruñía, desde su postura horizontal:

—¿Vamos a seguir siendo estúpidos, Morley? Sería imperdonable, ridiculizar a Scotland Yard… y despreciar mis

glóbulos rojos. Además, si en el escalafón soy superior, mi sangre le inculcará la orden de sobrevivir, condenado testarudo.

El nuevo desmayo del inspector Morley, fue acogido con creciente, atención por los dos médicos, que tras consultar diversos mecanismos comprobatorios, parecieron satisfechos.

—Si no hay crisis, señor comisario, creo que el inspector llegará a vencer su postración.

—Y aquí me quedo a comprobarlo. Despiértenme, si el agente Ferris quiere comunicarme noticias de «Harry».

* * *

Stanley Stevens consideró muy absurdo el abrazo con que Norah Morley obsequió al viejo judío, murmurando a la vez:

—Siempre le recordaré, señor Holigan. Y lejos… con Harry, viviremos bien.

A Stanley Stevens le pareció que las dos últimas palabras eran muy inteligentes.

Harry Preston acarició el hombro de su cómplice, y cuando le abrazó, en su oído fué musitando:

—Como le dije, viejo. Ha de estar orgulloso, porque aun desde sus alturas, Harry sirve a la Patria. Ya he llegado al final…

El abrazo le pareció a Norah Morley patética demostración del buen fondo del que era «asesino» por inconsciente incapacidad de diferenciar lo ilegal.

En la calle, masculló Stevens:

—De aquí a «Leather Inn» a pie, tardaremos horas. Yo pensaba coger un «taxi».

—Un pensamiento de profunda filosofía, Stany —rió Preston.

Norah Morley se sentía extrañamente conmovida, porque sobre sus hombros se apoyaba el brazo musculoso de Harry. Un enlazamiento fraternal y cariñoso.

Stanley Stevens emitió un silbido agudo, valiéndose del pulgar incurvado con el índice.

Un «taxi» se aproximó.

—Carretera del estuario, patrón —indicó Harry—. Tú te sientas junto al patrón, Stany.

—Exactamente, a qué sitio, me gustaría saber, porque las

carreras largas son caras —dijo receloso el chofer, con puro acento «cokney».

—Da asco cuando la confianza reina. Oye, patrón, entra en la sastrería y que te pague el viejo Holigan por anticipado. Le dices que yo, Harry, necesitaba tu «taxi», y que te pague la carrera de ida y vuelta. Y él es bastante conocido en el barrio, ¿no? También es penoso que le tomen a uno por lo que no es, ¿verdad, Stany?

El chofer se apeó para ir a empujar la puerta de la tienda.

—Duro y al volante, Stany. Pero con suavidad… Tan pronto esté el chofer hablando con el viejo… Eso es. ¡Ahora!

Evidentemente satisfecho, Stanley Stevens pisó el acelerador. En la tienda, Reuben Holigan contuvo al enfurecido chofer, que se disponía a correr.

—Déjelo. Harry es agente del Servicio Secreto, y necesitaba hacer lo que ha hecho. Siéntese, le prepararé té, y se calmará. Hágame caso. Se trata de la banda de «Los Gorriones», y Harry está a punto de atrapar al cabecilla…

En el interior del coche, Norah se reprochó mentalmente ser ya una «perdida», porque las risotadas de Stevens y la alegre sonrisa de Harry, no despertaban repulsa en ella.

—Ha estado bueno —rió Stevens—. El tío estaba escamado, y ahora tendrá que correr como un gamo.

—Piensa en cosas serias, Stany. Si es verdad que tú no estabas para nada en la muerte de los cinco compañeros, todo te parecerá poco para hacerle sudar a Bokiss, ¿verdad?

—Si Bokiss me engañó, va a saber lo que es bueno, lo va a saber.

—Vamos a planear el asunto, Stany. ¡Pero mira la carretera, ladrón! Tú detienes el «taxi» ante la posada, y la chiquilla y yo, permaneceremos escondidos hasta que aparezca Bokiss. Veremos de esconder también el auto. Y tú pasearás tranquilo en apariencia, pero sin acercarte al coche en que venga el cochino traidor de Bokiss. Que baje y te hable, y de modo que pueda yo intervenir si no te da el billete.

—Te estoy cogiendo ley, Harry. Sería un desengaño que Bokiss me engañase.

—Yo no te engaño, Stany, y te prometo que irás al continente, y quedará olvidado que fuiste gorrión.

—Mira que te estoy cogiendo ley, Harry…

—Lo que tienes que coger son los virajes menos ceñidos, bestia.

—Bueno… Lo que tiene gracia es que esté llevando yo a dos tórtolos, y que…

—Silencio la plebe conductora —y Harry cerró el cristal de separación.

Cogió la diestra de Norah.

—¿Todo bien, chiquilla?

—Sí, y mejor cuando estés fuera de Inglaterra. No debiste matar, Harry. No debiste hacerlo.

Titubeó unos instantes el agente, pero recordó que no debía, revelar su identidad, salvo a Reuben Holigan, hasta no haber logrado encontrar y desenmascarar al enigmático cabecilla.

—Palabra que no lo haré más —sonrió.

—¿Qué dice la prensa de mí?

—Nada, por ahora. Te siguen buscando en el río, y parece que las sospechas van contra una tal Judith Dorn.

—¡Judith Dorn…! ¿Pero, por qué?

—Ella arrancó páginas del diario íntimo de Parks. Se llevó cartas de Parks, que ella le había escrito. Quemó las prendas con que la vio un pintor, que informó luego a la policía.

—Judith Dorn es mi madre, Harry.

Harry Preston parpadeó.

—A ti puedo contártelo, Harry.

—Si ha de hacerte daño, no, chiquilla.

—Yo fuí a ver a Parks dispuesta a matarle, si se negaba a dar legitimación a mi… pecado. Y él se rió, descorriendo una cortina. Había una mujer. Una desconocida. Me dijo que le preguntara a aquella mujer quién era yo. Pero la mujer se callaba… Y Parks empezó a decir cosas atroces… horribles, de aquella mujer… Yo disparé.

—Te estás mortificando, chiquilla.

—Era mi madre, Harry. La que decía el inspector Morley que estaba en el cielo… y ella me dijo que había amado a otro hombre, un bailarín llamado Voronin… y que por eso me odiaba el inspector Morley, que la impidió siempre verse conmigo. Que ella había venido para obligar a Parks a cumplir su palabra de matrimonio, y que estaba dispuesta a sacrificarse por mí… No sé por qué… y esto es horrible, Harry… aquella mujer… me inspiraba miedo y

repulsión. Luego me rogó que me callara que ella había estado allí, porque la podrían acusar… Quiso abrazarme, y la rechacé.

Norah Morley se refugió entre los brazos del que refunfuñó:

—Olvida todo esto, chiquilla. En Francia, todo cambiará. Llora, si te alivia.

—Ella, pese a la prohibición del inspector Morley… hubiera podido verme, puesto que todas las tardes, de tres a cinco, yo iba a la academia, donde conocí a Parks… Pudo decirme quién era, y advertirme lo malo que era Parks. Porque él sí que era de fondo malo, y no como tú, Harry…

—Bueno, pues ahora hablemos de otra cosa. Yo creo en el flechazo, chiquilla, y me he enamorado de ti apenas te vi allá…

—Crees que es amor, pero es que tu buen corazón siente pena… Lo que nunca sintieron por mí, ellos dos…

—Nada de empaparme la camisa, señora Preston.

—¿Preston?

—Bueno, mi segundo apellido. Le sentará mejor a nuestro hijo que Holigan. Y silencio… Yo llevo el mando. Claro, que si me desprecias…

—¡Oh, no! —Y convulsivamente, ella estrechó el abrazo—. Eres como un hermano, como un amigo único, y yo tengo vergüenza de ser lo que soy, y no poder ofrecerte…

Stanley Stevens abrió el cristal, y gruñó:

—Ya está bien, ¿no? ¿Es que vamos a una merendola, o qué? Ahí dentro con besuqueos, mientras yo aguanto la capa verde. Ya tendréis tiempo en el continente, si este cerdo de Bokiss lo es.

—Norah y yo hemos decidido casarnos, Stany.

—Hombre, así ya es diferente. Por mí, adelante con los besuqueos, porque entre futura esposa… Un momento, Harry… Te voy cogiendo ley, y he de advertirte que ella es la hija de un gato. A lo mejor, le vienen luego los resabios, y se nos chiva.

—Calla, bestia. Ella es leal a fondo.

Y Harry Preston aceptó como ofrenda de sincero amor, el tímido beso que ella posó en su mejilla. El código moral en que se había educado Norah Morley, no la impedía besar a un «asesino».

* * *

Stanley Stevens se estremeció, alzadas las solapas de su americana.

Hacía frío en aquel desolado paraje cercano al mar, en una de las numerosas colinas de arena solidificada del estuario. La posada medio derruida, proyectaba una sombra agorera, y no lejos graznaban gaviotas con discordante monotonía lúgubre.

Un coche negro se acercaba, y sus faros cegaron por un instante a Stanley Stevens.

El coche, silenciado el motor, se detuvo, y una mano enguantada de negro, hizo señas invitadoras, pero Stanley Stevens permaneció donde estaba.

Del coche descendió, la silueta cojeante, alta y gruesa, abrochado el negro abrigo hasta el cuello. Cubría Igor Bokiss su falsa calva, con un sombrero fieltro.

—Buenas noches, Stany.

—No sé cómo serán, porque no veo el color de las mil libras ni del billete para América.

—Pareces haberme perdido el respeto, Stany.

—Es que… los cinco que usted me hizo conducir al pozo, diciéndome que recibirían una gratificación, han salido esta mañana a flote, ahogados. Y he estado pensando que si usted mató a los cinco gorriones, es usted un verdadero puerco marrano. Además, ¿qué hay de los documentos, planos, y demás cosas raras que estaban entre la goma de la bolsa de los marineros? Millones que usted quiere tragarse solito, ¿no?

—No hago caso de tus intemperancias, Stany. Toma tu billete.

Pero la diestra enguantada, en vez de un billete, sacó del bolsillo del abrigo, una plana automática.

Algo cayó sobre la espalda de Igor Bokiss, alzándole el brazo armado en hercúlea torsión, haciéndole perder el equilibrio.

—¡Puerco marrano! —se indignó Stevens—. ¡Aparta, Harry, que lo voy a sangrar!…

Harry Preston aplicaba una segunda llave de lucha, y arrastraba a Igor Bokiss hacia el coche en que había venido.

—Átale las piernas, Stany. Ella te dará la cuerda. No podemos sangrarlo hasta que no cante. Átale también los codos, mientras le sostengo…

El disfrazado intentaba en vano oponerse a la fuerza del joven

agente. Quedó atado con excesiva solidez…

—Atrás, Stany. Tú y ella, esperadme, mientras le saco yo a éste, lo que interesa. Esperadme dentro, mientras lo llevo a su gruta, y le saco el botín. Entre ida y vuelta, tardaré horas. Esperadme.

Stanley Stevens asintió. Le había cogido ley al inteligente Harry… Harry Preston acababa de sujetar los codos y piernas de Igor Bokiss en la cerrada portezuela lateral, sentado a su lado, frente al volante.

Enlazó el remate con la opuesta portezuela posterior.

Puso en marcha, virando.

Los redondos cristales negros habían caído. Con la mano zurda, Harry quitó la máscara de plástico…

Era el inspector de Scotland Yard, Anthony Finlayson.

—Debí pensar que eras más inteligente que Stanley. ¿Cuánto te propones, ganar conmigo, Harry Holigan?

—¿Cuánto me das, Bokiss?

—Escaparte con quince mil libras, es más de lo que suponías.

—Dámelas, y te contestaré.

—En mi casa, en el cofre bajo la alfombra, de la estantería tercera del despacho. No tengo en casa a nadie.

—La visitaré antes de llevarte a donde te corresponde.

* * *

El comisario Shadwell escuchó ceñudo.

—… y me llevo, a Stanley Stevens al continente, porque gracias a él su inspector queda a buen recaudo.

—Llévese también a Norah… Podría asistir al juicio contra Judith Dorn, y es preferible que la versión sea que se sigue buscando el cuerpo de Norah. Ella sería capaz de acusarse…

—Ya lo intentó, pero comprendí que mentía.

—¿Sí? —Y por un instante hubo recelo en el tono del comisario.

—Ha sido Judith Dorn la que disparó, pero consiguió convencer a la pobre muchacha de que lo hizo para defenderla. Pero ella sería incapaz de declarar contra la que… pese a todo, es su madre.

La mentira de Harry Preston fortaleció mucho al inspector Morley, cuando al amanecer siguiente, la oyó de labios del comisario Shadwell.

—… y en evitación de malos momentos para tu hija, ha aceptado Harry Preston seguir en su papel de aventurero maleante, hasta que Judith Dorn pague su crimen.

* * *

Harry Preston saltó del coche, y corrió hacia las dos siluetas.

—Andando al puerto de los transportes franceses. Tengo un conocido que nos dará camarote hasta Le Havre. Jugar con los planos era peligroso, y preferí quemarlos, y recoger lo que no tiene peligro. ¿Cuánto crees que te traigo, Stany?

—Hombre, yo con un par de miles me conformo.

—Siete mil quinientas, limpias de polvo y paja. Un fajito de billetes que es gloria pura. Andando, Stany. ¿Qué piensas hacer en Francia?

—Comprarme un bar con garage. Buscar una muchacha trabajadora, y… Un momento. ¿Qué hiciste con Bokiss?

—¿Qué hubieras hecho tú? Pues eso mismo hice.

Norah Morley se estremeció…

—Todo en orden, Harry. Eres de los sanos. Puedo decirte que al cabo de una hora, o cosa así, me empezaron a entrar dudas. Perdona… Son cosas del vivir a salto de mata. Pero ahora con estos billetazos ganados honradamente, tendré mi sueño. El garage, el bar y la «parienta», que me vaya fabricando herederos para cuando yo sea viejo… Bueno, yo me entiendo. ¿Y tú qué vas a hacer con tu parte?

—Norah y yo lo decidiremos en Francia.

* * *

En Le Havre, Stanley Stevens tomó el tren para el Sur. Quería sol y zona turística.

Norah Morley empezó su tarea de «regeneración».

—Debes buscar un trabajo honrado, Harry. Y entonces, si quieres… me sentiré orgullosa de ser tu esposa.

—Tengo unas vacaciones bien ganadas. Quince días como los grandes…

Pero fueron menos, días, porque en contestación a su cablegrama dando la dirección de un hotel de Deauville, recibió Harry Preston la siguiente respuesta del comisario Shadwell:

> «JUDITH DORN SUICIDOSE. *STOP*. PUEDE REVELAR VERDAD NORAH. *STOP*. INTENTARE INSPECTOR MORLEY ACELERE CONVALECENCIA EN DEAUVILLE».

* * *

Norah Morley escuchaba a Harry absorta, profundamente conmovida.

—… eso me repitió. Que te pidiera perdón. Necesitaba que Judith volviera a matarle, porque yo leí la carta que escribió para el comisario Shadwell. Ella le había matado la ilusión… como contigo hizo Parks… Pero en ti renace. En Cecil Morley nunca renació.

—¿Ella cómo murió?

—Se abrió las venas en la celda. No tiembles, chiquilla… Es el fin de todo este horrible drama. Piensa en el futuro… Y trata de comprender a Morley, si viene a verte aquí, como sugiere Shadwell.

* * *

Cecil Morley, impasible, apoyándose en un bastón, cruzó el andén. Miró al elegante y deportivo muchacho, que saludó:

—Bienvenido, inspector. Le acompañaré hasta el hotel. Mi esposa ignora que llegaba usted hoy.

—Mi enhorabuena, señor Preston. Pero sobre todo, mis plácemes, porque su aventurero carácter, le permite mentir de modo tan sublime. Usted acabó de barrer las últimas dudas de Shadwell, al afirmarle, que usted oyó decir a Norah…

—A su hija…

—Oyó decir a Norah Morley que fué otra la mano que mató a Parks.

—Esto oí.

—Norah Morley no miente. Se equivoca. No mató… Ajustició. Bien, estamos en Francia, se aspira un aire más libre, menos rígido. Por cierto, que Finlayson, antes de subir los cinco peldaños, persistía en que un tal Harry entró en su casa… antes de llevarlo a comisaría. Y no se han hallado quince mil libras que él dice estaban bajo una alfombra.

—Usted no le va a hacer caso a un cochino traidor como Finlayson.

—Naturalmente que no.

—Éste es mi coche, inspector.

—Gracias, señor Preston. Excelente marca.

—De primera categoría, como su hija y yo.

—Espero que su señora esposa habrá olvidado negruras, bajo este sol, y en su compañía.

—Su hija me quiere, y yo rebosó de optimismo. Me he permitido hacer reservar una habitación a su nombre. Tiene terraza cara al mar.

—Excelente. El comisario Shadwell, desde que me transmitió parte de su sangre, resulta algo autoritario. Me impuso esta convalecencia.

—Que le hace mucha falta.

—Me encuentro perfectamente.

—Se encontrará mucho mejor cuando vea cómo le acoge mi señora esposa. No tema… Nada de expansiones ni gritos sentimentales, inspector Morley. La he aleccionado.

—Gracias —y Cecil Morley pareció muy molesto.

Su voz había temblado un poco.

* * *

Ante una puerta, dijo Preston:

—Me he olvidado de comprar tabaco. No tardo.

Cecil Morley empujó la puerta. Una antesala alegre. Al fondo, Norah Preston en pie, pálida, forzó una sonrisa.

Impasible, ceremonioso, Cecil Morley avanzó, dejando su ligero abrigo, su bastón y sombrero sobre una silla.

—Me congratula volverte a ver, Norah. Has tenido la recompensa merecida, al hallar en Harry Preston al hombre por

excelencia.

—Debo pedirle perdón, señor, por haber sido desleal con usted.

—Gracias, Norah. Te confieso que es agradable oírte… inculparte… porque… Hace un poco de frescor. Me sentaría muy bien una taza de té, hija.

Y Cecil Morley, el eterno impasible, arqueó una ceja, molesto. Contra su pecho, una sollozante muchacha, se apretujaba en silencio.

Algo se fundió, algo huyó para ceder sitio a un calor insólito en las venas de Cecil Morley, que aplicados los labios en los cabellos femeninos, susurró:

—¿Vamos a seguir siendo estúpidos, sí o no, hija? Ya está bien. Dame un beso… y prepárame el té.

Ella alzó el rostro, y terminó de fundirse el hielo… Cecil Morley, asiendo con sus dos manos aquel rostro antes odiado, murmuró:

—Tú eres de la raza noble, Norah Preston. Sabes perdonar… Dios te bendiga.

Y cuando Harry Preston entró, sonrió con trémula mueca.

El inspector Cecil Morley bebía a, sorbos su taza de té, y entre ellos comentaba:

—Tu mujer es propensa al llanto, Harry. No es mala cualidad. Ojalá yo hubiera podido recurrir a este recurso… No me sentiría hoy… culpable. Demasiado caliente este té, hija. Me hace saltar las lágrimas… Es curioso, pero me pasa lo mismo con el chocolate… Bien, bien… ¿Y qué planes, tenemos para el futuro, joven Harry?

—Verle tomar abundantes raciones de té caliente, suegro. Resulta usted muy simpático, así.

—Me temo que tu esposo manifiesta una deplorable propensión a creerse humorista, hija.

—Sí, padre —rió ella, mirando al que, húmedas las pupilas, esbozaba una sonrisa humana cordial… ignorada.

—En fin, hija. Dios os bendiga, porque sois para mí la viva imagen de su infinita misericordia. He sido perdonado.

Se levantó, y Norah le siguió a la terraza. El rostro pétreo se crispó en sonrisa cordial, cariñosa…

—Respiro la felicidad, y es tan intensa… que duele, hija.

—Se acostumbrará, señor.

—Y es agradable vivir, ¿verdad, chiquilla?

—Lo es —dijo ella con solemne fervor.

—Lo es —repitió Cecil Morley.

Dos sílabas que pronunció como una oración.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.